

DISCORDIA



UN THRILLER
DE MISTERIO DEL
**DETECTIVE
HENSLEY**

RAÚL
GARBANTES

Discordia

El experimentado detective Hensley nº 4

Raúl Garbantes

Edición Amazon Kindle

Copyright © 2020 Raúl Garbantes

Diseño de la portada y producción editorial: Autopublicamos.com

www.autopublicamos.com

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, incluyendo fotocopia, grabación u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin la previa autorización por escrito del autor, excepto en el caso de citas breves para revisiones críticas, y usos específicos no comerciales permitidos por la ley de derechos de autor.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, instituciones, lugares, eventos e incidentes son producto de la imaginación del autor o usados de una manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, o eventos actuales, es pura coincidencia.

Redes sociales del autor:

Instagram: [@raulgarbantes](https://www.instagram.com/raulgarbantes)

Facebook: [@autorraulgarbantes](https://www.facebook.com/autorraulgarbantes)

Goodreads: www.goodreads.com/raulgarbantes

Amazon: www.amazon.com/author/raulgarbantes

Correo electrónico: raul@raulgarbantes.com



Suscríbete a la lista de correo de Raúl Garbantes para obtener una copia digital GRATIS de *La maldición de los Montreal* y mantenerte informado sobre noticias y futuras publicaciones del autor. Haz clic [AQUÍ](#)

Capítulo 1

Alicia Higgins va con una mochila a la espalda y enfundada en una chaqueta deportiva de la Universidad de Maine, varias tallas más grande que ella. Se abalanza sobre Jimmy con franca alegría, lanzando gritos de emoción y tapizando con besos a su novio, quien se la sacude con rapidez, avergonzado frente a sus amigos universitarios. Todos son novatos de primer año, pero todavía se burlan de él por seguir con su novia de la preparatoria.

Un hombre barbado, vestido con un overol de mezclilla y una gorra de béisbol, baja un enorme gato de felpa de la pared de la tienda de tiro al blanco y se lo entrega a la chica, que estruja al peluche incluso con más fuerza que a su adorado Jimmy. Es el trofeo que se ha ganado por la buena puntería de su novio.

La feria se monta cada año a las afueras de Bar Harbor con motivo de la Fiesta de los Tulipanes, un añejo evento de la región. Los más optimistas dicen que no hay un solo ciudadano que falte a la celebración. El enorme terreno, que normalmente está poblado solo por hiedra seca, erráticos manchones de césped y algunos insectos, se convierte por algunas semanas en el rincón más vivo de la ciudad. Los parroquianos prueban suerte en los juegos de pericia: lanzando dardos, tirando pelotas o girando ruletas. Los más golosos le hincan el diente a las banderillas de salchicha, los algodones de azúcar y las papas fritas. Y solo los más valientes se adentran en la zona de atracciones.

La Feria de los Tulipanes es famosa por su imponente noria, su colorido carrusel, sus juegos mecánicos vertiginosos, su espeluznante Mansión del Terror y sobre todo por su Laberinto de los Espejos.

Y eso no es todo: también es célebre por los no pocos eventos siniestros que han ocurrido en ella. En 1976, por ejemplo, una montaña rusa conocida como La Estampida se convirtió en noticia nacional. El sistema de seguridad del paseo sufrió una avería a mitad de su recorrido. En una curva, al menos tres personas salieron disparadas de los carritos. Dos de ellas murieron. La otra sigue viva, pero completamente inmóvil. Desde ese día, La Estampida fue desarmada y borrada de la feria.

Pero quizá la historia más famosa sea la de Amber McRae, una estudiante de la secundaria Dunlap cuyo misterio se ha ido transformado, con los años y los ecos, en una suerte de leyenda urbana. Después de clases, Amber fue con sus amigas a la feria y se aventuró dentro del infame Laberinto de los Espejos. Nunca volvió a salir. Casi como un acto de brujería, dicen los chicos de hoy, Amber se desvaneció entre los reflejos del laberinto... para siempre.

Hoy en día, ni siquiera las atracciones de espantos dan tanto miedo como el Laberinto de los Espejos.

El lugar está a reventar. De cada rincón del parque proviene una música distinta. El organillo del carrusel es devorado por la risa macabra de la Mansión del Terror; las campanadas del heladero eclipsan las carcajadas de un ejército de payasos que venden globos a los paseantes; y, por encima de todo, el barullo de las voces de los miles de visitantes crea un ruido que podría enloquecer a cualquiera. Pero no a los habitantes de Bar Harbor, intoxicados por la efervescencia de la feria.

—Te dije que lo ganaría para ti —dice Jimmy Sampedro a Alicia. Se prepara para besarla.

Ella es una chica linda, con la melena rubia al hombro y unos pómulos pronunciados, como de muñeca antigua. Él es fornido, atlético, con una cara que apenas si ha evolucionado entre el adolescente de secundaria y el remedo de adulto que ya cree que es.

El celular de Alicia suena justo cuando los labios de los tórtolos están por rozarse. Ella saca el aparato del bolsillo de la chaqueta universitaria que lleva puesta, la llamada es de su padre. Alicia pone los ojos en blanco.

—No contestes —solicita Jimmy. Alicia asiente, entregándole una mirada profunda. Al fin se besan, pero son interrumpidos por un estruendo.

Alicia da un pequeño salto. Los fuegos artificiales han comenzado a iluminar el cielo de esta noche de viernes. El estallido le ha pegado un buen susto. Jimmy se burla de ella y la abraza. Aprovecha para meter su mano muy dentro de la holgada chaqueta. El rostro de Alicia pasa de la ternura a la reprobación.

—Aquí no —sentencia la chica.

—Yo sé dónde sí.

Alicia Higgins mira a su alrededor. Solo entonces se da cuenta de que con cada beso, con cada abrazo, con cada paso, Jimmy se las ingenió para que ambos se hayan alejado de su grupo de amigos. Están nadando en el gentío, sí, pero lejos de todas las caras conocidas. Sampedro toma a su novia de la mano y la jala hacia él, que con un rápido movimiento la coloca de espaldas y le cubre los ojos con las manos.

—¿Qué haces?

—Tú solo camina y déjame guiarte.

No han andado mucho antes de detenerse. Alicia todavía puede sentir las manos de Jimmy sobre su rostro, tan cálidas.

—¿Qué haces, tonto? —reclama Alicia con una mezcla de amable sorna y emoción juvenil.

De pronto, Jimmy quita las manos. Alicia abre los ojos y, justo en ese momento, la poderosa luz de un reflector le impacta en la cara, cegándola por unos segundos. Tras varios parpadeos, la joven recupera la vista y descubre que frente a ella se erige la entrada al Laberinto de los Espejos.

—Jimmy —dice Alicia. Su voz se ha apagado. Mira alrededor, pero no puede ver a su novio. Parece como si hubiese sido borrado por el viento.

—¿Jimmy? —pregunta. Unos niños la empujan sin querer. Pasan alrededor de ella a toda prisa y se internan dentro de la atracción. Solo entonces logra ver a su novio atrapado en el primero de los espejos. Ya ha entrado al laberinto y la mira desde aquel reflejo. Jimmy le guiña el ojo a Alicia, provocándola.

—Te estoy esperando.

—No quiero, Jimmy. Sabes que odio esto —dice ella en un reproche sincero. Tiene una historia muy vergonzosa: cuando era niña entró al laberinto, se extravió y fue rescatada por empleados de la feria. Eso hizo que se ganara las burlas de los compañeros de escuela durante años. Pero lo que en verdad la estremece es lo que sintió, en aquella ocasión, dentro del laberinto: que tal vez ella sería la próxima víctima de los espejos, que iban a tragársela como a aquella otra chica que nunca volvió a salir.

—Estoy pensando en saltar al vacío por ti, Alicia. Lo sabes. ¿No puedes dar tú un pequeño salto por mí?

Ella duda por un momento. Tras dar un profundo respiro para sacudirse las telarañas mentales, comienza a avanzar hacia el juego.

—Te amo —dice él.

Alicia sonríe. Cede sin mías y se interna en el laberinto, decidida a encontrar al hombre que le ha dicho que la ama. Solo le basta dar unos pasos para hallarse frente a su reflejo multiplicado por cinco, por diez, por veinte... Mira a su alrededor. Solo se ve a sí misma. En una de esas imágenes deformadas est  empequeñecida y cree distinguirse cuando era niña. Asustada. El recuerdo hace que se maree un poco. Los espejos trazan pasillos con angulaciones caprichosas y trayectos infinitos. Su rostro se descompone. Los espejos la obligan a mirar su propia angustia. Al fin, puede ver un reflejo fugaz que no es el suyo. Y escuchar unas pisadas. Está segura de que Jimmy est  a la vuelta de la esquina, probablemente muerto de risa. Le gusta todo de él, menos su cruel sentido del humor. Pronto lo alcanzar  y lo re nir  como nunca.

De pronto, siente una mano en el hombro. Se gira. Y así, de un golpe, el mundo se le vuelve negro.

Capítulo 2

Las puertas de la escuela secundaria Dunlap se abren con el empujón desmedido que les da el detective David Hensley. Sally Lonsdale, su compañera, le echa de soslayo una mirada reprobatoria. Se pregunta si la intención de Hensley era sacudir las conciencias de los estudiantes con una imponente entrada de la autoridad. Pues ha fracasado. El pasillo principal de Dunlap está vacío. Los chicos se encuentran ahora mismo metidos en sus salones de clase. A través del cristal de las puertas puede verse el SUV de Hensley, aparcado justo donde dice «solo dejar y recoger». Desgraciadamente, las circunstancias no le han dejado tiempo para buscar un espacio en el estacionamiento.

Hensley, cuarentón y corpulento, bien da la impresión de ser un justiciero fulminante. Pero tras su semblante rígido hay un hombre con sus propias fisuras emocionales. La peor de todas provocada por la muerte de su hija Helen. No le gusta venir a Dunlap porque es el colegio donde estudió su pequeña. Aunque en el fondo no le preocupa que esa herida vuelva a abrirse, pues la verdad es que nunca cerró.

Lonsdale y Hensley van flanqueados por Adrián Tuttle, director de la institución, y la señorita Henrietta Romero, la más longeva directora de estudios que Dunlap haya visto. Es imposible adivinarle la edad. Y ella jamás habla al respecto. Su entereza física hace pensar en unos sesenta años, pero quienes la conocen dicen que es posible que ella misma haya colocado la primera piedra de aquel edificio. Y jubilarla ha sido imposible. No solo tiene la edad de Matusalén, tal parece que también tiene un abogado de miedo. Henrietta camina por el pasillo junto con Hensley. Lo conoció bien. A él, a su esposa Louise y a la audaz Helen Hensley, una de sus niñas favoritas. Hace años que Henrietta no veía a David, pero este reencuentro le ha alegrado y entristecido a la vez. Qué bueno es volver a verse. Qué malo que sea bajo las presentes circunstancias.

David pasa por la vitrina de los trofeos. Solo en ese momento disminuye la velocidad y hasta se quiebra un poco. Pero únicamente Lonsdale se da cuenta de ello. Junto a un trofeo estatal de vóley juvenil hay una fotografía donde un grupo de cinco chicas levantan a su capitana, que alza el trofeo al cielo. Es Helen.

Romero, Lonsdale, Tuttle y Hensley han llegado al pasillo de los casilleros, que parece infinito. Romero guía a la comitiva a lo largo hasta detenerse en el último casillero que hay en el muro derecho, ese que está justo al lado del armario de los artículos de limpieza. Se le ve con más autoridad escolar que al propio Tuttle. Después de todo, ese ha sido su territorio desde siempre.

—Este es el casillero de Alicia Higgins, detective —indica Tuttle.

—¿Está la chica en problemas, David? —pregunta Henrietta, quien se corrige a sí misma de inmediato—. Perdón, detective Hensley. Tengo un reporte de las dos primeras clases. La chica no se presentó este lunes y a todos nos ha parecido raro. Es un poco rebelde, sí, pero increíblemente dedicada a sus estudios.

David Hensley toma el candado del casillero. No es de combinación como la mayoría. Es un viejo candado de llave dentada. Se lo muestra a Lonsdale, quien se acerca de inmediato, saca un clip de un bolsillo y, un par de minutos después, lo desarma.

—Sabemos que la chica no se presentó hoy a clases. Sus padres llamaron a la comisaría para reportar su desaparición. No han sabido de ella desde el viernes —explica el detective.

—¡Ay, no! —exclama Henrietta, llevándose las manos a la boca.

—Probablemente haya huido con el novio, señorita Romero, no se alarme —dice Sally para tranquilizar a Henrietta, que si algo tiene es que se preocupa por todo y con facilidad—. Vemos este tipo de casos todo el tiempo.

—¿Tienen permiso para esto? —pregunta Tuttle, preocupado por la profanación del casillero.

—No, no tenemos permiso. Pero, no sé, la desaparición de una chica y la congoja de sus padres hacen que hoy me sienta poco ortodoxo —aclarar Hensley con un sarcasmo que Tuttle no se merece. Lonsdale le arroja su segunda mirada condenatoria del día. Hensley se levantó del lado equivocado de la cama.

El detective abre el casillero de Alice. Casi parece el de cualquier chica de secundaria, lleno de libros, un par de *polaroids* con sus amigas y un horario de clases. Pero hay algo que horroriza a los cuatro intrusos que han entrado a la intimidad de la joven Higgins. Pintada al interior de la puertilla aparece una simple y corta frase: «HIJA POR HIJA». El rojo se escurre por el borde de las letras, plasmadas con trazos apresurados.

La imagen, desconcertante en sí misma, se convierte para ellos en un abominable *flashback*.

—¿Amber McRae? —menciona Henrietta. Parece decírselo a sí misma. Su voz sale apenas como un hilo enredado en consternación, pero Sally, David y Adrián logran escucharla. Se miran los unos a los otros. A David se le hace un nudo en el estómago solo de escuchar ese nombre.

Entonces cierra el casillero de un golpe. La campana ha sonado y los alumnos comienzan a salir de los salones de clases.

Capítulo 3

Jessica Higgins está recostada en el marco de la puerta, abierta de par en par. Intenta prender un cigarrillo. Al cuarto o quinto intento se fastidia y arroja todo al suelo: el cigarro, el encendedor y su paciencia. Mira a un lado y a otro de la calle, como si esperase ver a Alicia dar la vuelta en la esquina para llegar a casa con la ropa oliendo a cerveza y al perfume barato de Jimmy Sampedro, pero no sucede.

Jessica observa a su esposo Nick dar vueltas impacientes por el jardín, aferrado al teléfono celular como si fuese un volante capaz de guiarlo por un camino sinuoso. Si sigue así, cavará un surco con sus pisadas. Sabe que está enojado con ella. La culpa de la situación actual. No de la desaparición de Alicia, sino de lo que él llama «la situación». Pero no había otra cosa que hacer, ¿cierto? ¿Qué otra cosa haría una madre si su única hija desapareciera sin dejar rastro?

Mirar a su esposo es como verla. El andar firme, el color rubio cenizo de su cabellera, los ojos penetrantes que cambian de color a capricho. Jessica a veces se lamenta, quisiera que su hija tuviese un poco más de ella y un poco menos de Nick.

Tiene la mirada cansada. Pero su cansancio no es producto de la situación por la que están atravesando. Es una fatiga acumulada que no pudo haber predicho. Todavía recuerda cuando conoció a Nick. Ella estaba en su práctica de violín y sintió una mirada potente a sus espaldas. Puede ver con claridad la coleta que llevaba aquella mañana, la camiseta sin mangas. Y el rubor en sus mejillas al sentir la sangre inundarle el rostro, apenadísima, al saberse observada por aquel chico tan guapo. Pensó que era estudiante de la academia, pero no. El extraño trabajaba medio tiempo en la vieja tienda de instrumentos de la avenida Central, la que ya no existe, y había ido a dejar una tuba a la escuela.

Cuando se casó con él, sintió que la vida sería un viaje ascendente, directo al cielo. Jamás pensó que el joven que la cortejó con tanta insistencia terminaría ejerciendo una parquedad emocional tan castrante, un dominio tan total de su vida. En casa, el aire siempre fue de Nick. Y a pesar de ello, Jessica lo ama. ¿O lo amó?

Lo mira y se pregunta qué siente en realidad por él, pero la urgencia por encontrar a Alicia eclipsa cualquier pregunta en su cabeza.

* * *

Lonsdale, Tuttle y Hensley están sentados en la oficina de Henrietta Romero, quien intenta ofrecerles un té. Les acerca un cofrecillo que, al abrirlo, lanza un tufo delicioso y confuso por la mezcla de sabores. Dentro hay una infinidad de sobres, de tantos tipos como podrían ser imaginados. Pero nadie parece inclinado a aceptar una reconfortante bebida caliente. Solo ella, que se arma su té de pasiflora mientras empieza a hablar.

—La última vez que nos vimos, detective Hensley, fue cuando pasó lo de Amber McRae, ¿lo recuerda? —Hensley asiente. Mira a Romero y luego a Lonsdale, que se ve igual de contrariada. Es obvio que recuerda el caso McRae a la perfección—. Se repite la misma historia, David.

Pero Hensley no escucha la sentencia de Henrietta. Su mirada ha quedado atrapada, primero,

por un portarretrato entre los muchos que la directora de estudios tiene esparcidos en su escritorio. En la foto, una Helen Hensley en la flor de su adolescencia abraza con fuerza a Henrietta Romero. Pero eso no es todo. Como lo haría un cazador con sus trofeos, Henrietta tiene en el muro tras de su escritorio un enorme pizarrón de madera donde ha ido colocando las fotografías de las estudiantes más destacadas de la institución. El muro es una suerte de cuadro de honor no oficial. Estar ahí es una distinción de la que todas las chicas de la escuela hablan, pues se ha forjado como una tradición. Las alumnas de excelencia en lo académico, en lo deportivo o en lo comunitario pasan a formar parte de la pared de Henrietta Romero. A ese olimpo estudiantil se le conoce en los pasillos como las Hijas de Dunlap. Y Helen Hensley es una de ellas. A David le cuesta desprender su mirada de la foto de su hija.

—Carajo —murmura. Al sentir la atención de todos clavada en él, se da cuenta de que lo ha dicho en voz alta. Lonsdale intenta descifrar lo que pasa por la cabeza de su compañero. ¿Qué ocurre con Hensley?

—Nos vamos —dice Sally, levantándose. Siente que, antes que cualquier otra cosa o cualquier otro interrogatorio, tiene que hacer que David espabile—. Y no saquemos conclusiones, señora Romero. El caso debe ser manejado con discreción.

Henrietta asiente. David al fin logra desengrapar su mirada de la foto de Helen.

—Estaremos en comunicación —afirma Hensley.

—La escuela queda vacía desde las cinco de la tarde, ¿cierto? —pregunta Sally y Tuttle asiente mecánicamente—. ¿Puede quedarse alguno de los dos después de esa hora? Vamos a enviar a un equipo a revisar el casillero de Alicia y a tomar huellas.

Lonsdale tiene interés particular en la frase «HIJA POR HIJA» escrita en el interior.

—Aquí estaremos ambos —dice Tuttle—. Nos dará gusto poder ayudar.

Lonsdale toma a Hensley del hombro y lo encamina hacia la salida. Pero David se detiene y regresa un par de pasos.

—Por cierto, necesitamos contactar a uno de sus exalumnos. Creemos que podría haber sido la última persona en ver a Alicia Higgins antes de su desaparición.

Romero y Tuttle se intercambian una mirada de extrañeza.

—¿Saben dónde podemos encontrar a James Sampedro?

Capítulo 4

En el pasado

El sol se pone tras la imponente noria y el cielo comienza a cerrarse. Amber McRae mira hacia arriba con cierta mortificación porque puede notar que una tormenta se cierne sobre Bar Harbor. Tiene la sensación de que el chubasco caerá en cualquier momento. Y eso no es todo: sabe que les ha mentado a sus padres, que les ha dicho que estaría en casa de Rosa Lee, preparando el proyecto de ciencias. Pero en realidad está en la Feria de los Tulipanes.

Las chicas de la clase han quedado en ir juntas, de verse todas frente al tiiovivo. ¿Para qué? No precisamente para gozar de las atracciones, eso es cosa de niñas. Y ellas ya no lo son. Todas en Dunlap saben que el mejor lugar para ver chicos guapos es la Feria de los Tulipanes, porque los que están en el colegio son tontos e inmaduros.

—Tal vez deberíamos volver a casa —dice Amber, dubitativa.

Se vuelve sobre el asiento de la vieja furgoneta y ve a su tío Bob, el hermano de su padre. Él se ofreció a traerla y se ha convertido en su cómplice en esta aventura, su aliado para que pase la tarde en la feria y se sacuda las telarañas de niña buena que le cuelgan de toda la vida.

—Ya, no pasa nada. Igual y no llueve. Así es el clima de caprichoso por acá —explica Bob, mirando al cielo crepuscular.

—Si llego a casa empapada, van a saber que no estuve donde Rosa.

—¿Quieres ir con tus amigas?

—Sí —dice Amber con determinación. Su tío la mira directo a los ojos.

—Esto es lo que vamos a hacer: ve y diviértete. Yo me voy a quedar aquí en el auto. Si llueve, te vienes corriendo y todo resuelto. Pero te estoy diciendo que no va a llover. Yo sé de esas cosas.

Bob lleva puestos unos pantalones tejanos y la camiseta estampada de un cantante de *country*. Habla con un acento pesado. A Amber le reconforta estar cerca del tío Bob porque parece una versión más regordeta de su propio padre. Sabe que ambos han tenido algunas diferencias últimamente, pero ella quiere seguir frecuentándolo.

—Gracias por cubrirme. ¿De verdad no le dirás nada a papá?

—Ni una palabra.

Amber se apea y se interna en la estridencia de la feria. Aquello es una verdadera locura, el lugar está a reventar. Al llegar al tiiovivo, el remolino de gente la hace pensar que no encontrará a sus amigas, que está en peligro de ser embestida por la multitud que camina sin un patrón definido. Amber intenta avanzar, pero siente una mano en el brazo que la jala casi con violencia. Ahoga un grito y se gira solo para darse cuenta de que es Rosa Lee.

—¡Acá estamos, tontita! —grita Rosa. El tumulto es tal que la única forma de escucharse es gritar.

—¡Chicas! —dice Amber aliviada.

—Vámonos —añade Rosa mientras avanzan a contracorriente.

—¿A dónde?

—Las chicas ya nos están esperando frente al Laberinto de los Espejos. Verónica quedó de verse con Manny Prince de la secundaria Tremont para besuquearse tras el laberinto —relata

Rosa con emoción, como si ella fuese a cometer la terrible diablura.

Amber se sonroja. Rosa lo nota.

—¡Basta! —la reprende. Amber no entiende por qué la regañan—. Ya no podemos venir a la feria solo por peluches.

—La tal Verónica, que ni sé quién es, puede hacer lo que le plazca, Rosa. Solo dime que nosotras nos vamos a meter al laberinto mientras tanto, ¿sí?

Rosa se detiene un momento. Finalmente asiente. En ese instante, un poderoso relámpago alumbró los rincones del parque de atracciones. Algunas luces parpadean, pero los juegos no dejan de funcionar. Acto seguido, se escucha el poderoso trueno, con una presencia tal que supera al ruido de la feria. Amber mira al cielo, ve los relámpagos desdibujarse.

—Ay, no —lamenta Rosa—. Las tormentas de esta ciudad nos van a destruir la adolescencia.

Amber se ríe.

—No va a llover.

—¿Cómo lo sabes?

—Alguien me lo dijo —responde Amber, convencida de las palabras del tío Bob.

Las chicas llegan al pie del laberinto justo cuando Verónica y Manny se pierden en el callejón que lleva a la parte trasera. Amber reconoce a varias de las chicas de la secundaria que están distraídas al boleterero para que su amiga se salga con la suya. Rosa y Amber irrumpen entre sus compañeras para alcanzar al chico pecosó a la entrada del juego.

—¡Dos boletos! —dice Amber extendiendo un par de billetes. Voltea a ver a Rosa—: Yo invito.

Pero Rosa ya se había ido con el resto de las chicas. Amber le hace una señal para que fuera con ella. Rosa niega con la cabeza y se dirige hacia el callejón. Todas van a husmear. Amber se siente algo defraudada. El boleterero la mira. Amber le arrebató una entrada y se dirige hacia el laberinto.

Una vez dentro, la construcción parece comerse el ruido de la feria, que se convierte en un murmullo. Amber escucha, eso sí, el rugido de un trueno que hace vibrar ligeramente los espejos. Se pregunta si su tío tendría razón y no llovería.

La joven McRae avanza entre los espejos. Los versados en esta atracción, que cada año cambia su diseño, saben que el chiste es llegar al centro del laberinto y volver a salir. Ella siempre lo logra, desde que era niña. Lástima que ahora no tendrá ningún testigo de su hazaña. Amber, reflejada un millón de veces en los múltiples espejos, mira a su alrededor. Sabe que el truco está en quedarse siempre a la izquierda del laberinto, un secreto que no les ha confesado a sus amigas.

Tras un par de vueltas en falso, Amber al fin lo ve. El centro siempre es una estructura circular, como la de los laberintos en aquella película que le gusta a su madre: *La mujer de Shanghai*. Emocionada, Amber aprieta el paso, pero un golpe la detiene abruptamente, casi llevándola al suelo, aunque recupera el equilibrio. Amber se echa la mano a la cara y luego se revisa la palma en busca de sangre. No hay nada. Siendo una experta en el laberinto, debió haberlo visto venir. La imagen que vio del centro era un reflejo de un juego de espejos y se ha estrellado contra una de las superficies reflectoras.

Ella bien sabe que no hay cosa más tonta que echarse a correr en un laberinto de espejos. Es una necesidad. Amber aguza los sentidos para descifrar la dirección del reflejo. Da una vuelta sobre sí misma y entonces lo ve: un hombre con una chaqueta negra. Ahoga un grito. Primero el choque contra el espejo. Y ahora la ha asustado otro visitante. Se avergüenza consigo misma por parecer

una novata. Mira al sujeto, que le da la espalda, parece desorientado. Se acerca a él:

—¡Hola! Si buscas el centro del laberinto, es por acá. Creo que lo he encontrado. Te llevo ahí si aceptas tomarme una foto con el celular para mostrarles a mis amigas que lo he logrado otra vez.

El sujeto no responde.

—¿Hola? —pregunta Amber extrañada. Se acerca más al sujeto y, al tratar de ponerle una mano en el hombro, solo consigue tocar la superficie plateada de un espejo.

Se echa para atrás, buscando al hombre de carne y hueso. Pero él la encuentra primero.

No tiene oportunidad de gritar. Los espejos reproducen las infinitas imágenes de una chica que lucha contra un hombre que le ha colocado en el rostro un trozo de estopa con formol.

Capítulo 5

La relación de Tessa y Mark McRae ha estado fracturada por años. Mark todavía recuerda aquella tarde cuando todo se terminó de desmoronar: Tessa y él, sentados en extremos opuestos del pequeño desayunador de su apartamento, se observan el uno al otro con miradas huecas; Tessa revisa una y otra vez la orden de desalojo; el teléfono en la pared suena con insistencia. Los dos sumergidos en una competencia de resistencia, tratando de probarle al otro quién era el más fuerte. Ambos, transformados en un frágil remedo de la pareja que fueron antes de aquellos trágicos días.

A pesar de que han pasado al menos seis años, Mark todavía puede contar lo ocurrido aquella tarde con exactitud. Hasta puede recordar su propio garbo. Hoy, cada vez que pasa frente a un espejo o un escaparate, solo ve a un hombre demasiado abotagado para su edad, con una barba mal crecida, el cabello lacio y unos ojos claros que parecen haber tenido una chispa de entusiasmo alguna vez.

Mark quisiera olvidar, pero se acuerda perfectamente del momento en el que se rindió y, por fin, se levantó a contestar el teléfono. Habían colgado ya. Recuerda haber aprovechado para asomarse por la ventana de su apartamento del cuarto piso de aquel complejo de edificios multifamiliares a las afueras de Ellsworth. Vuelve a su mente la rotonda de juegos con mucho cemento y poco jardín. El tobogán, el par de columpios y la rueda giratoria. En él, solo, su hijo Chris intentaba impulsarse con sus brazos cortos. Tenía apenas cuatro años, llevaba puesto un impermeable azul que le quedaba grande y que siempre quería vestir, aunque no lloviera. Se acuerda de cuánto le gustaba a Chris echarse la capucha, nada más porque sí. Porque, por algún motivo, se sentía un superhéroe.

Aunque recordar es doloroso, el corazón de Mark se entibia un instante al pensar en Chris. Pero el espejismo dura solo un minuto. Su mirada vuelve a nublarse. En su memoria aparece Tessa, encorvada y derrotada. Su cabellera negra cubriéndole el rostro. En su mente resuena el desgarrador llanto de la mujer a la que una vez amó, devorada por la furia y la frustración. Recuerda haber querido abrazarla, pero haberse detenido.

Y recuerda lo peor.

El teléfono volvió a sonar. ¿Si no hubiera contestado... la vida hubiese dado un giro distinto?

Del otro lado de la línea estaba Adrián Tuttle, director de la escuela secundaria a la que su hija mayor asistía. Amber McRae era una estudiante modelo y, junto con el pequeño Chris, la única cosa que Mark consideraba que no estaba rota en su vida.

Lo taladra evocar las palabras de Tuttle. Es curioso, porque no recuerda lo que le dijo. Más bien recuerda el sentimiento en que se transformaron aquellas palabras. Aquella noticia.

Recuerda el rostro de Tessa, con los ojos hinchados, enjugándose las lágrimas. Su rictus que pasaba en un instante del dolor a la consternación. Sin decir una palabra, solo con la mirada, le preguntaba: «¿Qué pasa con Amber?, ¿qué pasa con mi hija?».

La vida es una perra.

En una misma tarde habían perdido su relación y el apartamento, las cuatro paredes que los mantenían unidos y que le daban la ilusión de poder mantener a esa familia en una pieza. Y, además, habían perdido a su hija.

Mark siente que ya no puede más. Es de madrugada. No ha dormido nada. Las ojeras lo hacen

parecer enfermo. El sol comienza a salir. Desde la ventana de su casa rodante puede ver, a la distancia, que los primeros rayos del sol desdibujan la silueta de una noria que esta noche tendrá que volver a girar.

Capítulo 6

El autobús está aparcado frente a un pequeño hotel de cuatro estrellas. Va lleno de chicas que parecen diseñadas por una impresora tridimensional y de chicos que parecen sacados de un almanaque de jugadores de fútbol americano. Todo es tan común y corriente que David Hensley simula discretamente una arcada frente a Sally Lonsdale, quien la está pasando difícil con la nueva actitud insufrible de Hensley. David ha sido siempre una persona inconforme e incómoda, pero esto ya raya en lo chocante. Sin embargo, también hay algo que puede decir a favor de su compañero... y de ella misma: ambos han odiado siempre a las criaturas de diseño, a la gente prefabricada.

—De verdad no quiero subir ahí —dice David.

—¿Y yo sí? Pero tenemos trabajo que hacer.

—¿Desde cuándo los deportes colegiales dejaron de ser un reto de carácter y se convirtieron en una mala escuela de modelaje? —pregunta el detective.

—No lo sé. No quiero saberlo. Hagamos de esto una misión de extracción tan rápida como sea posible —pide Sally.

Lonsdale y Hensley entran al autobús. Su presencia llama demasiado la atención. El barullo interior se convierte de pronto en silencio. El entrenador se levanta de su asiento y se acerca a ellos, decidido. Pero Hensley, con la placa más rápida de Bar Harbor, ya ha desenfundado su insignia y la ha plantado en las caras del *coach* y su primer asistente.

—Estamos buscando a Jimmy Sampedro. Es un asunto oficial —sentencia David.

Las miradas de porristas, jugadores y equipo técnico se dirigen hacia el exterior del autobús. Ahí, saliendo del recibidor del hotel, viene Jimmy, con su maleta deportiva al hombro y con la altivez de un ganador. Este fin de semana han ganado un partido interuniversitario que se ha jugado en Bar Harbor. Y él anotó el gol de campo decisivo.

Sally y David lo identifican de inmediato. Jimmy comienza a abordar cuando, desde la acera, se percata de su presencia. Ve a Hensley sostener su placa.

Jimmy suelta su bolso de viaje y se echa a correr. Los detectives lo miran y descienden a toda prisa, listos para iniciar una persecución que termina anticipadamente cuando Sampedro es derribado de modo accidental por una chica paseadora de perros. Hensley se acerca al jugador caído, quien se frota el codo derecho.

—Eso no fue ni una yarda —bromea David. Sampedro lo mira con desconcierto, casi ofendido. Pero Sally interfiere.

—Tenemos que hablar sobre Alicia Higgins.

* * *

Jessica Higgins pasa su índice por la pantalla del celular, deslizándose por una larga lista de contactos. Se detiene en el número de Paty Vega, otra de las amigas de Alicia. Las ha estado telefoneando a todas, una por una, desde el fin de semana. Incluso más de una vez. Todas afirman no tener idea del paradero de su hija. Jessica intenta mantener la compostura, pero apenas puede

con su propio peso. Cada vez son peores los escenarios que fabrica su mente sobre el destino de Alicia.

Está sentada en las escalinatas del porche. Sigue esperando la llegada de su hija en cualquier momento. Y así seguirá. El domingo por la mañana solo pensaba en el castigo ejemplar que le impondría por no dar señales de vida. Es lunes y solo piensa en abrazarla con fuerza, en desahogar sobre sus hombros el llanto que se ha estado guardando.

El deportivo de su esposo, Nick Higgins, aparece tras la curva al final de la calle y estaciona justo frente a la casa. Los ojos de Jessica se iluminan porque ve que Nick no viene solo: puede ver una silueta femenina en el asiento del copiloto. El cabello, la complexión... todo encaja con Alicia. ¿Nick la ha encontrado? Jessica se levanta de un salto, avanza hacia él. El hombre se apea y la chica hace lo propio. Jessica se detiene a medio camino. Él se acerca, pero su mujer no lo mira, solo observa por encima de su hombro. Quien se bajó del auto no es Alicia. Ni siquiera es una adolescente. Es una mujer ciertamente menuda, con mucha presencia y el rostro curtido.

—He traído ayuda, amor —le dice Nick a su mujer.

Jessica cierra los ojos. En este rompecabezas, lo que ella quiere es quitar tantas piezas como sea posible. ¿Por qué su marido trae una pieza más a la mesa?

* * *

—Ya les dije todo lo que sé —reitera Jimmy Sampedro.

Para los visitantes, la comisaría es un lugar deprimente. Solo ven sus paredes deslucidas, las miradas suspicaces de quienes los rodean, un estado de alerta subyacente que nunca flaquea. Para Sally Lonsdale y David Hensley, esa comisaría maltrecha es su segundo hogar. Que necesita una inyección de presupuesto por parte de la alcaldía y el Estado, es cierto. Que no es un lugar para los débiles de corazón, eso es todavía más cierto. Pero no hay nada que imponga más temor y respeto en un corazón impresionable como el de Jimmy Sampedro que llevarlo a la comisaría para un interrogatorio.

—Oficiales, de verdad... —dice Sampedro.

—Detectives —aclara Hensley.

—De..., detectives —corrige Jimmy, trastabillando un poco—, de verdad tengo que volver a la universidad.

—Detective Lonsdale, ¿qué tan lejos está Orono de Bar Harbor? —pregunta Hensley.

—A unos noventa minutos. A lo mucho, a dos horas si mi abuela fuera al volante —responde Sally, apoyada en uno de los muros de la estrecha sala de interrogatorios.

—¿Ves? Seguro estarás ahí antes del anochecer y hasta tendrás tiempo para ver una película en tu celular durante el trayecto —dice David con sarcasmo.

—Necesitamos todo, Jimmy —interviene Sally—. ¿No quieres que Alicia aparezca? ¿O hay algo que no sabemos? Por ejemplo, ¿por qué intentaste huir cuando te buscábamos?

Sampedro se lleva las manos al rostro.

—Me asusté, ¿bien? —responde al fin—. Mi familia materna no tiene una buena historia con las autoridades. Pero ya les dije todo: Alicia vino conmigo y con mis amigos de la universidad a la Feria de los Tulipanes. Gané un peluche para ella, comimos rosetas de maíz, compartimos una soda, subimos a algunas atracciones. Luego yo me metí a la casa de los espejos. Sé cuánto la odia, quería gastarle una broma. Pensé que me estaba siguiendo los talones, pero cuando me volví, no

estaba. Creí que se había ido, molesta conmigo por haber querido forzarla a meterse en el laberinto. Cuando era niña se perdió ahí dentro.

—Es el laberinto de espejos más grande del país, no es solo un juego de niños. Es vertiginoso y exasperante —le aclara Sally a David al ver que el detective no parece comprender cómo es que alguien desarrolla un trauma por una atracción de feria.

Unas pisadas firmes se plantan al exterior de la sala de interrogatorios. Lonsdale y Hensley reconocen el carácter acompasado del andar más pesado de la comisaría. Lonsdale abre la puerta sin siquiera preguntar quién andaba ahí. Como lo habían previsto, del otro lado se encuentran al doctor Markesan a punto de llamar a la puerta.

—Voy a dejarte ir Sampetro. Pero tienes que estar localizable.

—Por supuesto que sí —asiente el chico, que se pone de pie en el acto.

Sally llama a un oficial de turno para que acompañe al chico. Markesan entra a la sala.

—¿Crees que nos ha dicho todo lo que sabe? —le susurra Sally a David.

—No. Pero no nos dirá nada más en este momento. Dejemos que alcance su punto de ebullición —responde el detective.

—Concuerdo.

—Lo siento, no sabía que estaban ocupados —interrumpe Markesan sin pudor alguno.

—¿Qué lo trae por acá, doctor?

—Bueno, David, tengo algo que mostrarles.

—Normalmente somos nosotros quienes nos damos la vuelta por la morgue y sus laboratorios, doctor. Esto es nuevo —dice Hensley intrigado. El sentimiento es compartido por Sally.

—Es sobre la investigación en el casillero de la chica. Me pareció que compartirles el resultado era... imperioso. Por eso he decidido apersonarme. Creo que no hay tiempo que perder. Y estoy seguro de que no tendré que explicarme mucho. Las palabras «HIJA POR HIJA» pintadas en el casillero de Alicia Higgins nos remontan a los tres a otra desaparición. Eso me queda claro. Bueno, pues el trazado fue hecho con acetatos, nitrocelulosa, formaldehído y alcohol...

—Esmalte de uñas —dice Sally casi como si estuviese haciéndose una afirmación privada.

—¿Hay forma de rastrear un esmalte usando ciencia? —pregunta David con cierta inocencia, pero también con el desgano de quien ya sabe una respuesta.

—Contrario a lo que has visto en tus series de detectives en la televisión, no. Tal vez si se tratase de un esmalte con un compuesto particular, de alguna marca muy exclusiva. Pero esta es una fórmula bastante corriente. Y no hay huellas adicionales en la zona. Usaron la brocha del frasco para pintar la frase —explica Markesan con detenimiento—. Puede ser el esmalte de cualquiera.

David se levanta con una furia que intenta contener.

—Temo que Henrietta tenga razón. Quizá sea como el caso de Amber McRae.

Capítulo 7

Una joven desaparece en la feria de la Fiesta de los Tulipanes.

La chica es estudiante de la secundaria Dunlap.

Un mensaje aparece escrito en el interior de su casillero, con esmalte de uñas.

No puede ser coincidencia. Parece como si hubieran tomado una máquina del tiempo que los ha hecho volver seis años atrás. Y regresar al pasado es algo que irrita a David Hensley.

El vehículo del detective se detiene frente a un embarcadero maltrecho en algún punto de Tremont, un pueblo que tendrá, a lo mucho, setecientos habitantes y que todos pasan de largo. Solo sirve para anclar embarcaciones a su robusto muelle. David y Sally bajan del vehículo, avanzan por la estructura de madera y metal que parece escoltada por los yates y botes silenciosos.

—¿Recuerdas cuál es? —pregunta Hensley, fiándose de la memoria de Lonsdale. No obtiene respuesta. Miran a su alrededor. Todas las embarcaciones les parecen iguales en ese momento.

El detective se detiene al llegar a un yate desgastado y corroído. Parece que tuvo sus días de gloria, pero ahora queda poco de su magnificencia. De milagro no se ha hundido. Le llama la atención ver a un niño sentado en la proa, muy quieto. David lo examina con cuidado. Sally se le une.

—¿Podría ser...? —pregunta Lonsdale.

—¡Chris! ¿Chris McRae? —grita el detective, sacudiendo una mano al aire en dirección al chico, como un saludo. El pequeño voltea a verlo. Parece confundido. Y luego mira hacia atrás, sobre sus propias espaldas, como si el hombre que se acerca a él estuviese saludando a otra persona. A otro niño llamado Chris McRae.

Los policías se acercan. El chico se pone de pie. Están a punto de llegar a él cuando escuchan el sonido de una escopeta que se prepara para ser disparada. Ambos reconocen de inmediato a la mujer vestida de mesera que sostiene el arma: es Tessa.

—Hola, Tessa. ¿Nos recuerdas? —pregunta Sally.

—No se acerquen a nosotros.

—Tengo claro que no terminamos muy bien, Tessa, pero tampoco pensé que hubiese sido tan malo como para que nos recibas con una escopeta en la cara —dice David mientras levanta las manos al aire. Sally imita su gesto.

—Nada bueno debe traerlos por aquí —dice Tessa, que sostiene la escopeta con firmeza solo por unos instantes más. Al fin, baja el arma. En ese momento, Chris corre hacia ella y la abraza—. Aunque supongo que no fue difícil encontrarnos. Cosa que lamento. Significa que estamos hundidos en el mismo agujero que hace seis años, cuando...

La voz de Tessa se convierte en un hilo frágil, incapaz de terminar la frase.

—Lo sabemos —dice Hensley.

—¿Qué es lo que quieren?

El detective se arma de valor.

—Lo siento, pero no es una visita agradable. Hay una chica en la secundaria Dunlap. Se llama Alicia Higgins.

—No me suena de nada. Nosotros ni siquiera vivimos en Bar Harbor. Es más, ni siquiera vivimos aquí. A veces suelto las amarras y nos vamos a aguas internacionales —dice Tessa con

cierta ironía—. Si no conocemos a la gente de Tremont, menos a la de Bar Harbor.

—Alicia desapareció, como Amber.

Tessa niega con la cabeza.

—¿Cuántas chicas no habrán desaparecido ya, por todo el mundo, como mi Amber? ¿Qué tiene que ver eso con nosotros?

—Es que lo digo en el sentido literal, desapareció igual que Amber.

La mujer parece no entender con claridad. Sally se acerca y le muestra una fotografía en el celular. Tessa puede ver el casillero abierto y el mensaje de color rojo sangre. Le parece familiar, en el más atroz de los sentidos. Le pide a Chris que se meta a jugar a la embarcación.

—¿Sabes dónde podría estar tu exmarido?

El rostro de Mark aparece de pronto en la memoria de Tessa, quien aprieta el arma con fuerza.

Capítulo 8

—Pensé que habías salido a buscar a Alicia, que estabas peinando la ciudad: el centro comercial, Seger Square, la biblioteca St. Martin... —le reprocha Jessica a Nick—. Yo he estado pegada al teléfono, llamando a sus amigas, tocando en las casas del vecindario.

—Voy a aconsejarle que deje de hacer eso, señora Higgins.

Jessica desvía la mirada de su marido y la clava en la mujer que está sentada en su sala. Lleva un afro recortado casi geométricamente. Su tersa piel de ébano está enfundada en un traje sastre que no tiene ni una sola arruga. Su voz se expresa con autoridad. Pero no hay autoridad suficiente para silenciar la voz de una madre que ha perdido a su hija. Así que Jessica la desafía con la mirada.

Nick lo nota. Intenta romper el muro entre ambas mujeres.

—Cariño, ella es Olivia Shawn. Acabo de recogerla en su oficina.

La visitante le tiende la mano a Jessica, quien no le regresa el gesto.

—La señora Shawn es una negociadora profesional —dice Nick con voz suave. Jessica sigue sin entender lo que sucede.

—¿Y la Policía de Bar Harbor? —pregunta Jessica.

—Créeme, cariño. Vamos a necesitar los servicios de la señora Shawn.

—Pero... todavía no sabemos qué le pasó a Alicia, Nick. Podría estar de juerga en la casa de campo de los Townsend. Podría haberse fugado con el inútil de Jimmy Sampedro —exclama la señora Higgins, alterándose más con cada idea que le viene a la mente—. ¡Podría estar en una zanja, ahogada en el río, tendida en un callejón!

Jessica se echa a llorar.

—Tranquila —dice Nick.

—¿Una negociadora? Como si a nuestra hija la hubiesen secuestrado.

Olivia y Nick intercambian miradas.

—Creo que lo mejor será que hablemos los tres —dice Olivia.

Sus palabras estremecen a Jessica. La idea de que alguien se haya llevado a su hija premeditadamente hace que se le seque la boca en un segundo.

Capítulo 9

David Hensley no puede decidir si la Feria de los Tulipanes le parece más escalofriante de día o de noche. Las personas que aseguran que todo Bar Harbor se vuelca sobre ella no conocen al detective Hensley. Esta es la primera vez en seis años que pisa la feria. Y, antes de eso, no había vuelto desde que Helen partió. Si por él fuera, las suelas de sus zapatos no volverían a pisar el lodo de este parque de atracciones de temporada.

Sally Lonsdale recorre el portón de entrada de lado a lado. La malla metálica está flanqueada por dos torres de taquillas que suelen tener filas de hasta diez metros o más en una mala noche. El candado de la cerca tiene proporciones industriales.

—Haz tu magia, Lonsdale —solicita David.

La detective se da la media vuelta con sorpresa. Le está pidiendo que violente un candado para entrar sin una orden en una propiedad privada. Eso es transgredir la ley.

—¿Todo bien contigo, Hensley?

—No sé de qué hablas. Vuela el candado. Ya volaste el del casillero de la chica.

—No es lo mismo.

Sally recoge una roca y comienza a golpear la reja con fuerza, con la esperanza de que el penetrante sonido del metal llame la atención del celador o de algún empleado de la feria. Es increíble lo deprimente que un lugar como ese puede resultar cuando se está completamente solo.

Tras un par de minutos y luego de que Hensley considerara la posibilidad de trepar por la reja debido a la reticencia de Lonsdale a burlar el candado, notan que una figura enfundada en una chaqueta gris y cobijada por una capucha se acerca a ellos. Tiene la mirada hundida en un abundante manojó de llaves, el cual revisa con cuidado.

—Buen día —dice el detective.

—Buenas. ¿En qué puedo ayudarlos? Hoy abrimos desde las cinco de la tarde.

El sujeto, a solo un par de metros del portón, por fin elige una llave y levanta la mirada. Reconoce a Hensley y Lonsdale de inmediato. Y ellos lo reconocen también, es Mark McRae.

David se echa para atrás, listo para tratar de salvar la enorme reja en tan pocos saltos como sea posible a su edad. Su instinto le dice que iniciará una persecución. Sally está lista para desenfundar y gritar «¡alto!». Ambos se equivocan. Mark sonríe, está claramente sorprendido, pero no tiene la intención de salir huyendo. Ni de apuntarles con un arma, como lo ha hecho su esposa hace un par de horas.

—¡Detectives! —exclama Mark—. ¿A qué se debe la sorpresa?

McRae abre el candado y empuja el portón lo suficiente como para que ambos puedan pasar. Luego cierra de inmediato.

—Por sus caras, supongo que no debería dejarlos pasar sin una orden.

—Ni sin llamar a tu abogado —dice Hensley. Sally le anota una más a la lista, pero Mark parece no sentirse aludido.

—Por favor, pasen a mi oficina —dice McRae mientras los conduce por el inerte espectáculo de luces de neón apagadas y fierros estáticos que es la Feria de los Tulipanes cuando duerme de día.

* * *

Alicia Higgins ha dejado de llorar hace horas. Siente que se ha quedado sin lágrimas. Está acurrucada casi en posición fetal. Agradece llevar puesta la chaqueta de Jimmy Sampedro, de lo contrario, ya se habría muerto de frío. Lo que quisiera ahora es que alguien le quitara la mordaza de la boca y la venda de los ojos. Quisiera ver dónde está. Con las manos y el rostro solo puede percibir que las paredes son frías. Puede estirar solo un poco las piernas, así que debe ser un espacio reducido. Respira un aroma salado y cree escuchar el sonido del agua. Quizá esté cerca del mar. Alicia es bastante inteligente. Sin embargo, no puede comprender lo que sucede. Quién la tiene cautiva y por qué.

La chica escucha el rechinado de una puerta que se abre. Escucha una pisada, luego otra. Sabe que hay una escalera también, que su captor tiene que descender un poco para llegar a ella. El cuerpo de Alicia se encoge aún más. Alguien está ahí, con ella, cada vez más cerca. Siente una mano que le echa el cabello hacia atrás. Se estremece, retrocede, pero la pared no la deja ir más allá. Siente algo acercarse a sus labios. Alicia escupe, pero su captor insiste sin decir una palabra. La muchacha descubre que se trata de una pajilla. Puede reconocer el aroma. Es jugo. Da un sorbo. Está famélica. Hace ya cuatro días que no come. Así que decide beberlo todo. Quién sabe, ese jugo podría ser su última cena.

* * *

Mark McRae pasa una serie de fotografías. Sentado en las escaleras de una casa rodante, parece sumido en un pensamiento profundo. Sus piernas se mueven con un vaivén controlado, exudando así la ansiedad acumulada en su cuerpo. Frente a él, sentados en un par de sillas plegables, están Lonsdale y Hensley, quienes tienen una vista de la feria durmiente, que se erige tras la caravana de Mark, estacionado a la vera del centro de atracciones.

—¿Y bien? —pregunta David.

—Entiendo por qué me buscaron —responde Mark.

—¿Sabes algo? —insiste el detective.

Mark mira hacia cualquier parte. El fantasma de su hija Amber se ha convertido, con el paso de los años, en eso precisamente: solo un fantasma. Una aparición siempre presente, imborrable, que observa desde una esquina de la habitación con los ojos abiertos. Para bien o para mal, aunque Amber no desaparece, al menos ha conseguido crear una distancia entre ellos. Pero parece que ya no más. El fantasma de Amber se ha acercado a él de golpe.

—Son unas fotos escalofriantes, detective —admite Mark mientras ve las letras en el interior del casillero, escritas en rojo. Sabe lo que buscan los detectives porque el mensaje tallado en escarlata en el casillero de Alicia Higgins es exactamente el mismo mensaje que estaba en el de su hija el día que desapareció.

—Creo que los tres sabemos que las similitudes son claras. Pero...

—¿Pero? —pregunta David, intentando perforar a Mark con la mirada.

—Ustedes saben como yo que el asunto de Amber fue... vino de... —Mark traga saliva. Le cuesta decir lo que tiene que decir—. Todo fue orquestado por mi familia.

—Hay dos opciones, Mark. Creo que puedes deducirlo. O tenemos a un imitador de los

secuestradores de Amber... o tu hermano ha vuelto.

Mark suelta una risa descarada.

—¿De entre los muertos? ¡Lázaro! —exclama Mark. Hensley no aprecia el sarcasmo.

—Si tienen razón, mejor que no encuentren a su resucitado, porque si lo encuentran, va a tratar de matarlos a ustedes dos. Debe odiarlos. Y yo trataré de matarlo a él. Así que mejor primero asegúrense de que haya un espacio vacío en la penitenciaría de Riverbend, pues vaya que lo mataría con lujo de crueldad.

Lonsdale y Hensley intercambian miradas. Amber McRae fue secuestrada seis años atrás. Sus investigaciones los condujeron hacia el hermano de Mark, Bob McRae, y su mujer, Wendy. Fue un asunto de familia. Diez días después, Amber apareció muerta en una vieja bodega del puerto. Pero, como bien dice Mark, el caso de su hija fue un asunto de familia. Un intrincado y cruel asunto doméstico con la codicia como eje angular. Y, además, una de las culpables está muerta: Wendy Velasco-McRae, esposa de Bob y cuñada de Mark. Bob, en cambio...

—¿Muerto o prófugo? —se pregunta Mark a sí mismo—. Si Bob está vivo, no creo que piense en volver. Y si está muerto, mejor que esté en el infierno. ¿Cómo pudo hacerle eso a su propia sobrina? ¡A mi hija!

Es evidente que McRae ha comenzado a alterarse. Sally le hace un gesto a David para salir de ahí. Ya no hay más para ellos en ese momento. Pero David sabe que sus instintos rara vez fallan. Hay algo que conecta a Amber McRae y Alicia Higgins. Dos alumnas sobresalientes de la secundaria Dunlap, desaparecidas en circunstancias similares. Solo que sin ninguna relación familiar que las conecte en una repetición del juego de avaricia que acabó con la vida de Amber.

—¿No es raro, Mark? —pregunta Hensley.

—¿Qué cosa? —dice McRae ya con los ojos enrojecidos.

—Que hayas terminado trabajando en el mismo lugar en el que tu hija desapareció. Y que ahora haya desaparecido otra chica contigo como centinela.

Mark se levanta y se abalanza contra David. Sally se interpone de inmediato entre los dos, que están por agarrarse a golpes. Pueden estarse comportando como primates, pero en el núcleo de cada uno de ellos hay un caballero durmiente, así que se detienen en el momento en el que la dama marca el límite. Sus miradas lanzan chispas.

—Cuidado, Hensley —amenaza Mark—. No vayas a convertirte tú en el próximo desaparecido.

Capítulo 10

El trajín cotidiano de un miércoles por la mañana consume a los habitantes de Bar Harbor. La vida no se detiene en la calle Main, excepto para Jessica Higgins, que siente que todo ocurre en cámara lenta. Este no es un día ordinario para ella. Su hija sigue desaparecida. Han pasado cinco días desde la última vez que la vio. Que escuchó su voz al decir «me voy a la escuela».

Recién ha descubierto más de lo que querría saber. Apenas el lunes por la mañana Jessica y su esposo, Nick, llamaron a la Policía para reportar la desaparición de su hija. Es cierto que Alicia, que es inteligente, había entrado en una fase de rebeldía adolescente indomable. En el último año, podía ser que dejase pasar una noche sin llegar a casa por irse con sus amigas o enrollarse con su remedo de novio. Pero de eso a faltar a clases, jamás. Los domingos en la noche, Alicia ya estaba en casa, lista para recibir el regaño de turno, pero también preparada para otra semana de escuela. Se la tomaba en serio.

Jessica comparte la mesa y un café negro con los detectives que tomaron su caso: Sally Lonsdale y David Hensley. Tiene solo un par de días de conocerlos, pero algo se ha encendido en ella desde el inicio: les tiene confianza. Sí, confianza desde que llamaron a su puerta el lunes temprano para hablar con ella y Nick por primera vez. En aquel momento sintió una corazonada: «estas son las personas que pueden encontrar a mi hija». Y ahora los ha citado para encontrarse lejos de casa, lejos de su esposo, porque considera que hay algo que ambos necesitan saber.

—Mi esposo me ha pedido que no diga nada. Que trate esto con discreción. Pero me importa más mi hija que guardarle cualquier secreto.

Lonsdale y Hensley están claramente intrigados. Y la confesión de Jessica no es para menos. Su marido ha llevado a casa a Olivia Shawn, una negociadora para casos de secuestro. Una mujer inteligente de la que ambos han escuchado hablar. Más aún Sally, que fue a la Academia de Policía con ella. Pero Shawn tuvo un vuelco en su carrera y optó por circuitos más «corporativos».

—Pero Shawn es especialista en rescates con un tono más... empresarial, digamos. Les da seguimiento a todos esos casos de millonarios que son secuestrados y que la familia encubre por intereses financieros, casos que nunca llegan a las autoridades. Mucho menos a la voz pública — piensa en voz alta Lonsdale.

—Y dicen que cobra una fortuna —añade David.

—Esa impresión me dio. Nosotros no somos ricos. O eso creía, porque, aparentemente, podemos llegar a serlo.

Gracias a la familia de su esposo, Jessica y Nick Higgins son potenciales herederos de un terreno descomunal que, por los comentarios de su marido, cree que podría estar localizado en algún lugar entre Ellsworth y Bar Harbor. Un lugar que, si la ciudad sigue expandiéndose como hasta ahora, será el banquete más disputado entre los voraces desarrolladores de bienes raíces. Tras casi veinte años de matrimonio, Jessica apenas viene a enterarse de esto.

Entre la aparición de Olivia Shawn en escena y la existencia de un terreno que convertiría a los Higgins en millonarios potenciales, Hensley ha encontrado razones suficientes para clavar más la curvatura de su ceño fruncido.

—Nick me pidió guardar silencio. Dice que Alicia fue secuestrada y que debemos esperar un

rescate.

Hensley quiere decir algo, pero Lonsdale lo frena con una mirada. Ambos saben en qué punto van con la investigación: el casillero de la escuela, Jimmy Sampedro, Tessa y Mark McRae. Cada vez están más convencidos de que Alicia no planeó una fuga romántica ni está castigando a sus padres con un berrinche. Pero lo que enciende de forma irrevocable sus alarmas es la convicción del padre de la víctima de que su hija fue secuestrada. Es como si lo hubiese sabido desde un principio, cuando visitaron al matrimonio dos días atrás.

Por si esto fuera poco, algo en las palabras de Jessica le ha hecho pensar en Amber McRae una vez más, pero sabe que es algo que tendrá que discutir con Lonsdale en privado, si no es que la propia Sally ya lo ha descubierto también. Tal vez por ello le ha indicado que cierre la boca con sus pupilas de ametralladora.

Capítulo 11

David Hensley entra a casa de puntillas. Se le han pasado las horas en la oficina, meditando sobre la desaparición de Alicia. Ahora sabe que sus sospechas no eran del todo infundadas. Tras su reunión con Jessica Higgins, ha podido comparar impresiones con Sally Lonsdale. Incluso en los momentos en los que piensa que no podría confiar en su propio juicio, David sabe que Lonsdale tiene un control total sobre su temperamento y es una maestra zen cuando se trata de mantener la cabeza fría.

Mientras Jessica Higgins hablaba sobre su esposo, las tierras y Olivia Shawn, Hensley tuvo una epifanía que quiso gritar ahí mismo. Creyó haber encontrado un punto más de coincidencia entre el caso Higgins y el caso McRae. Cuando Amber desapareció, los McRae sostenían una pugna intrafamiliar por un enorme terreno ubicado a las afueras de la ciudad. Ahora que Alicia ha desaparecido, los Higgins pasan por una situación similar: hay tierras de por medio.

¿Por qué Nick Higgins ocultaría el potencial secuestro de su propia hija y el conflicto de propiedad que podría estar ligado al caso?

¿Dolo?

¿Miedo?

Hensley se ha quitado ya la gabardina, ha arrojado la corbata en medio del pasillo y ha aventado los zapatos sin puntería alguna. Entra a la cocina, sediento. Quisiera beberse un cartón de leche él mismo. Ni siquiera se percató de que la luz está encendida. Al entrar, pega un salto. Por un momento siente que está por tener un conato de infarto. Ahí está sentada su mujer, Louise Hensley. En el desayunoador, sumergida en viejos álbumes de fotos. Tan absorta que no se ha percatado de que casi mata de un susto a su marido.

—¿Qué haces despierta?

Louise regresa de su viaje por los laberintos de la memoria. Sostiene una foto en la mano.

—David —dice como si tuviese que hacerse una nota para recordar que su esposo ha llegado del trabajo y que la noche ha caído ya—. No te escuché entrar.

—Ni yo noté que la luz estaba encendida. Estoy distraído.

—Estoy igual.

David se percató de los álbumes. Lanza uno de sus gruñidos característicos.

—¿Qué haces con esos vejestorios? ¿Sabías que las fotografías son altamente inflamables? No sé, esos álbumes se podrían quemar por accidente.

—Tengo un respaldo digital de todo —bromea Louise. Puede notar el mal humor de su marido.

—Voy a cenar —dice Hensley mientras husmea lo que hay sobre las hornillas—. Si no te molesta, voy a poner los álbumes al suelo.

—Te escuché hablar con Sally hace un par de días, ¿sabes?

David voltea a ver a su mujer, no entiende el comentario.

—¿Fuiste a Dunlap? —le pregunta—. Oí que quedaron de verse ahí.

—Ahora escuchas mis llamadas.

—¡Estabas parado junto a mí, torpe! —reclama Louise, pero con buen humor. Sabe que la mejor forma de balancear las cosas a su favor cuando David está malhumorado es mostrándole que es más fácil encontrar respuestas desde el optimismo que desde la pesadumbre.

—Sí, fuimos.

David mete al microondas un plato con arroz y albóndigas que acaba de servirse.

—Pensé en Helen de inmediato —dice Louise— y no pude resistir las ganas de volver a verla con su uniforme del equipo.

Hensley la ignora. La ha escuchado, pero prefiere hacer como que presta toda su atención al plato de comida que gira dentro del horno.

—No debe haber sido fácil, ¿verdad? Entrar a Dunlap otra vez.

David detiene manualmente el conteo regresivo del microondas. ¿Cómo es posible que un hombre sea tan transparente ante su mujer? O él es muy malo para disimular o ella puede leerlo como nadie en el mundo. O, quizá, sea un poco de ambas.

—No, no fue fácil.

—Yo no sé si podría. Una cosa es ver a Helen en estas fotos y otra, bueno, verla en los muros del escaparate de honor de la escuela: con su trofeo del vóleybol, con su primer lugar en el Torneo Nacional de Deletreo, o en el muro de las Hijas de Dunlap.

David traga saliva. Recuerda el modo en que la foto de Helen lo magnetizó. Louise nota que su esposo parece estarse desarmando.

—Eso es lo que te pasa, ¿no es cierto? Por eso has estado tan irritable estos días —dice Louise con sorpresa—. Oh, amor. Debió de ser muy duro.

—La extraño tanto —dice Hensley, intentando que la voz no se le corte, pero falla.

Louise se levanta para abrazarlo, pero él se da la media vuelta y echa a andar el microondas otra vez. Consigue recomponerse. En pocos segundos, suenan las campanillas del aparato, avisándole que su arroz con albóndigas está listo.

—¿Puedes creer que Henrietta sigue haciendo eso del muro de las Hijas de Dunlap después de tantos años? —le pregunta David, retóricamente. No espera una respuesta. El tono de su voz se ha transformado, intenta hablar con una naturalidad fingida, con un desapego que su esposa no compra ni por un minuto.

Sin embargo, Hensley consigue una respuesta de su pregunta gratuita. Como una serie de destellos, como las imágenes que hay impresas en cada carta de un juego de memoria, las fotografías del muro de Henrietta Romero comienzan a aparecer frente a él. A veces su memoria cuasifotográfica es una bendición.

David tiene la seguridad de que Amber McRae y Alicia Higgins, al igual que su extinta Helen, fueron Hijas de Dunlap.

Capítulo 12

El SUV de Hensley está aparcado a las afueras de la comisaría, con las intermitentes encendidas. David está al volante. Mira con desesperación su reloj de pulsera, un LeCoultre que Louise le regaló en su décimo aniversario y al cual llama «su único artículo suntuoso».

Por fin, Sally Lonsdale aparece en la puerta giratoria de la estación de Policía, avanzando a toda prisa hacia el auto, el cual aborda casi de un salto.

—Al fin —reclama Hensley.

—Pudiste avisarme antes que pasabas por mí. ¿Cuál es la prisa?

—Amber y Alicia son Hijas de Dunlap.

—¿Qué? —dice la detective, confundida.

—¿Notaste el muro en la oficina de Henrietta? El que tenía el pizarrón de madera lleno de fotografías.

—Sí, claro.

—Las fotos de Amber y Alicia están en ese muro.

—Debe de haber al menos cien fotos ahí. ¿Cómo te diste cuenta?

—Soy observador.

—¿Y cómo fue que no dijiste nada sino hasta ahora? —pregunta Lonsdale. Hensley sabe que ha caído en sus redes.

—No sé.

—Sí que lo sabes, David. ¿Es por Helen?

—Ya tuve esa charla con Louise anoche, no la pienso volver a tener.

—Sé que somos compañeros de oficio, David. Pero también amigos. No tienes por qué pasar solo con lo que sea que estés lidiando. Si quieres, puedo pasar yo sola por Dunlap.

—Lo que quiero es que ahora mismo seas una compañera de trabajo. Y nada más. Así lo prefiero.

Lonsdale, que no es aprensiva, echa las palabras de Hensley a la basura. Sabe que con su respuesta le ha dado la razón.

—Creo que Henrietta sabe algo más de lo que nos ha dicho. Ella siempre forjó un lazo especial con las chicas que llegaban al muro de las Hijas de Dunlap. Lo sé porque así sucedió con Helen.

Sally escucha a Hensley con atención. Intenta realizar dos procesos dentro de su cabeza: uno de carácter estrictamente profesional, que le permita articular las preguntas correctas para poder obtener algo útil para el caso de parte de Henrietta; el otro está en un nivel más personal, pues sabe que David es tan testarudo que no pedirá ayuda hasta que las arenas movedizas del recuerdo de Helen le hayan llegado a la barbilla. Quisiera saber cómo echarle una mano.

Por su lado, David habla sobre Henrietta, todo lo que sabe de ella, su trabajo en la escuela y su aporte crucial en la formación ética y personal de cada una de las chicas que han enorgullecido a Dunlap.

Ambos están tan concentrados en lo suyo que no se percatan del motociclista de negro que los ha estado siguiendo desde que salieron de la comisaría.

* * *

Pareciera que acabase de pasar un torbellino por la casa rodante de Mark McRae. El espacio es de por sí reducido. Una pequeña mesa con sillones modulares da paso a la cocina, al baño y, por último, al dormitorio. No hay más. Pero ahora que Mark ha volteado de cabeza cada cajonera del lugar, el sitio parece más pequeño que una vieja cabina telefónica.

Está echado en el piso, hurgando entre montañas de papeles que ha sacado de sus cajones. Parece desesperado, incluso un poco derrotado. Se estira una última vez por debajo del sillón empotrado en su caravana y toma una última caja, confinada al fondo, donde no hay manos ni voluntades que la puedan alcanzar. Al sacarla, la reconoce de inmediato. Su semblante cambia.

—Última oportunidad —se dice a sí mismo—. Tiene que estar por aquí.

McRae encuentra una carpeta de la que saca un par de viejas fotocopias que parecen ser documentos de propiedad. Luego aparece un original, invalidado. Y, por último, un par de folios más: un cambio de propietario, una donación. Mark exhala profundamente. Revisa los papeles una última vez y se pone de pie. Enciende la llama de la estufa y les prende fuego.

Sale de su casa rodante con el rollo de papeles ardiendo. Parece el portador de la antorcha olímpica. Ronda por los alrededores de su vivienda hasta que encuentra un cubo de metal lleno de basura. Arroja los deshechos a un lado y avienta los papeles en llamas dentro. Está dispuesto a verlos arder, pero algo lo distrae lo suficiente como para alejarlo del placer que ese fuego le da.

Un niño camina hacia él, de la mano de su madre. Mark da un paso adelante, rebasando la frágil y delgada pared de humo que las llamas han comenzado a construir. Es ahí que puede verlos con claridad. Tessa y Chris, su hijo, vienen caminando hacia él. El niño pega carrera para abrazar a su padre, quien se agacha para atrapar a su pequeño, aunque sin quitarle la vista a Tessa. Aun en su peor momento, aun cuando ya no hay nada entre ambos, no puede dejar de verla guapa. Pero Tessa no lo mira, se da la media vuelta un momento para decir adiós a un automóvil que, con el gesto de la mujer, arranca.

Mark McRae no es tonto. Ese no era un taxi.

* * *

Las oficinas de los profesores de la secundaria Dunlap le recuerdan a los de la comisaría. Qué curioso que ambos sitios se parezcan tanto. Eso siempre le ha llamado la atención a David Hensley. El aspecto que los hace tan similares es que, en ambos casos, las oficinas parecen peceras, con sus grandes ventanales en vez de muros, con sus puertas de madera que tienen una ventanilla absolutamente innecesaria. Ni en Dunlap ni en su comisaría hay oficinas que otorguen el mínimo de privacidad.

Eso es algo que no es un problema para Henrietta Romero. A ella le gusta el escaparate que tiene como oficina, porque así todos los estudiantes que pasan por el pasillo pueden contemplar con mayor orgullo el muro de las Hijas de Dunlap.

—Sé que Alicia Higgins y Amber McRae están en tu muro, Henrietta —apunta David, sentado frente a la directora de estudios, que mira las fotos de la pared con tristeza.

—Las dos con tanto futuro, detective —se lamenta Romero, quien se vuelve para clavar su mirada de consternación en Hensley—. ¿No pensará que por eso se las llevaron, cierto? Por ser

Hijas de Dunlap.

—Por supuesto que no, mujer. Si tuviéramos un criminal obsesionado con este muro, bueno, eso sería un caos —dice el detective señalando las decenas de rostros que hay en la pared.

—¿Entonces?

—Bueno, el hecho de que ambas sean Hijas de Dunlap sí nos pone en una circunstancia especial respecto a ti, Henrietta.

La mujer mira al detective con extrañeza.

—Creo que no entiendo.

—Nadie, y sabes que lo sé de primera mano, nadie en esta escuela, ni en esta ciudad, conoce mejor a las chicas de tu muro que tú. Por favor, necesito que pienses. Si Alicia te contó algo, algún secreto, alguna situación fuera de lo normal, tengo que pedirte que me lo cuentes. Sé que estas chicas confían en ti como en nadie. Sé que no quieres vulnerar esa confianza..., pero no hay secreto que valga ser guardado a cambio de la vida de Alicia, ¿o sí?

Henrietta mira por la ventana. Tiene que quitarse los pesados anteojos porque está a punto de ponerse a llorar.

Capítulo 13

Alicia siente un picor en la garganta. Se le ha inflamado por el frío. La oscuridad la envuelve todavía. No ha comido nada sólido. No ha escuchado ninguna voz. Solo los pasos de quien la tiene cautiva cuando se acerca a ella para darle de beber, a veces agua, a veces jugo, a veces leches de sabor, de esas muy espesas que se usan como suplemento alimenticio. Ya ha mojado varias veces sus pantalones. No puede hacer más, porque cuando ha pedido ayuda para ir al baño, nadie responde. De cuando en cuando, cree escuchar un golpeteo sobre ella. Piensa que son pasos. Asume que se encuentra en una especie de sótano, pero muy pequeño. Aunque es imposible saberlo con certeza.

Ya se le ha olvidado el entumecimiento en brazos, piernas y cintura. Su cuerpo se ha acostumbrado a estar echado sobre el piso, recargado contra una pared. O eso supone. Quisiera arrancarse la venda de los ojos.

En ese momento, preferiría estar riñendo con su padre... quién lo diría.

Y pensar que ahora mismo tendría que estar en los brazos de Jimmy.

* * *

Sally Lonsdale se detiene en las puertas de la cafetería de Dunlap. Ha decidido repartirse con David las labores de investigación en la escuela. Mientras él habla con Henrietta e intenta averiguar si sabe algo extra que pueda darles claridad sobre lo que ha ocurrido con Alicia, ella ha tomado la nada sencilla labor de internarse en la jungla adolescente que algunos llaman secundaria.

Lonsdale da un empujón y entra al comedor. Los centenares de voces y gritos del lugar se convierten en un zumbido ininteligible golpeteando los tímpanos de Sally. Las mesas rectangulares están abarrotadas. Nada ha cambiado desde sus tiempos escolares.

—¿Detective?

Sally se gira. Tras de ella está una joven de tez morena y cabellera rizada, abundante y natural.

—Es usted la detective, ¿cierto? La vi con mis amigas desde la ventana del laboratorio de Biología cuando vino a revisar el casillero de Alicia. Me llamo Nina Thomas, iba en la clase de Alicia. ¿Puedo robarle un segundo?

Solo entonces Lonsdale se da cuenta de que la cafetería ha quedado en silencio. Todos la observan. Por un momento, Sally recuerda el horror de ser objeto de toda la atención estudiantil.

—Ven conmigo.

Toma a Nina del brazo para llevarla afuera, fuera del caos, pero sobre todo, lejos del escrutinio. Sin embargo, la chica se resiste.

—Solo quiero decirle que alguien la espera afuera, en el estacionamiento.

* * *

Como si fuesen competidores de caminata olímpica, Sally Lonsdale y David Hensley se dirigen a la salida de la secundaria. Llevan tanta prisa que casi se tropiezan el uno con el otro al encontrarse en la puerta principal e intentar abrirla. Sus voces se empalman también. Cada uno quiere compartir lo que acaba de ocurrirles, pero sus voces entrecruzadas no les permiten escucharse ni siquiera a sí mismos. Al llegar al estacionamiento de la escuela, Sally consigue imponerse con un tirón a la manga de la chaqueta de Hensley.

—Mira —dice la detective, señalando hacia el automóvil de Hensley.

Junto al SUV ha aparcado una motocicleta negra, una Ducati con una línea que le corta el aliento a David, aunque lo disimula con entereza. Junto a ella está un hombre enfundado en negro, de una corpulencia evidente y todavía con el casco puesto. Los investigadores se acercan con la misma cantidad de determinación y prudencia.

—¿Podemos ayudarle? —pregunta Hensley.

El extraño se incorpora y da un par de pasos para imponerse a los detectives.

—Tengo que hablar con ambos —sentencia con una voz que parece atrapada en una lata de conservas.

—Por supuesto, pero no hablamos con hombres sin rostro —acota Lonsdale.

El tipo se quita el casco. La imponente sólida figura contrasta con el rostro que hay bajo el protector. Es casi como si estuviera luchando por abandonar la adolescencia y entrar a la edad adulta. Es Jimmy Sampedro.

David lanza una mirada a Sally y sin palabras le dice «te dije que volvería a nosotros». Ella capta el mensaje con claridad total.

—Hay algo que les tengo que decir.

—No lo dudo —contesta Hensley tomando al chico por el hombro. La acción reconforta al muchacho.

Capítulo 14

Sentado en su escritorio de la comisaría, David Hensley intenta recapitular. La madre de Alicia Higgins, Jessica, ha insinuado que padre e hija tenían una relación áspera. La profesora de Alicia Higgins, Henrietta, ha dicho, entre sollozos, que la chica le había confesado en más de una ocasión que deseaba marcharse lejos al terminar el instituto, probablemente a una universidad en la costa contraria del país, alguna como Stanford o la Universidad de California en Berkeley; lo curioso es que los padres de Alicia están convencidos de que la chica buscaba una escuela en el estado de Maine, cerca de casa. Pero el novio de Alicia Higgins, Jimmy, les ha dado otra tajada jugosa de carne: aquel fin de semana en que Alicia desapareció, la chica había pensado huir con él. Un plan bastante torpe, si se lo piensa con claridad. Un plan urdido con todas las deficiencias que puede tener un plan armado por una adolescente enamorada. ¿Y también desesperada?

Alicia iba a irse de Bar Harbor en el primer autobús de la mañana rumbo a Orono. Su salida sería unas cuantas horas antes de que el transporte de la Universidad de Maine saliera rumbo al campus tras el juego del fin de semana, llevando al equipo (y a Jimmy) de vuelta. ¿Y dónde está el campus de la universidad? En Orono, ni más ni menos. La chica pensaba esconderse en el mismo pueblo donde estudia su novio conocido, a poco más de una hora de distancia de Bar Harbor.

La Policía iba a encontrarla en setenta y dos horas, a lo mucho.

Pero, según les ha dicho el Jimmy Sampetro motorizado que los interceptó afuera de la escuela, el plan nunca se concretó. Iban a hacerlo, sí. Lo habían planeado juntos, sí. Sus amigos más cercanos lo sabían. Pero realmente Alicia se desvaneció como el humo aquella noche en la feria.

—Pensé que se había acobardado. Cuando me interceptaron en el autobús, no mentí. Me asusté por todo lo que les dije. Pero también porque pensé que, de alguna forma, habían descubierto el plan. Y, pues, Alicia es todavía menor de edad. No fue sino hasta ese momento que supe, a través de ustedes, que ella estaba desaparecida, que nadie sabía de su paradero. Ninguna de sus amigas, ni siquiera sus padres. Su madre seguro está angustiada. Su padre, no sé, no podría asegurarlo —dice la voz de Sampetro en una grabación que David revisa y vuelve a revisar. Porque, por supuesto, le han hecho declarar formalmente. Y él se ha mostrado dispuesto. Hensley es bueno para leer a la gente y le ha parecido que su preocupación por Alicia era auténtica.

—¿Cómo crees que encaje un mapa en el caso Higgins? —pregunta Sally, sacándole un susto a Hensley quien estaba absorto en la escucha de la declaración de Jimmy.

—Casi me matas —le reprocha David a Lonsdale.

—Eres el segundo conato de infarto que provoqué hoy. Estoy en una racha.

—Por alguna razón que no entiendo has logrado atrapar mi atención —dice David.

—Fui a visitar a Olivia Shawn. Como lo sospechábamos, ella ya sabía que la chica había sido secuestrada. Mi teoría es que se lo dijeron los padres.

—Tu amistad con Olivia está destinada a no romperse, te lo digo yo.

—¿Quieres enfocarte, David? —replica Sally. El comentario no le ha caído en gracia.

—Perdón —dice David como quien finge haber dicho algo sin querer—. ¿Quizá, específicamente, el padre fue quien se lo comentó?

—¿Revisabas las declaraciones de Henrietta y Jimmy?

—Todos coinciden, no había una buena relación.

—¿Tan mala como para secuestrar a su propia hija?

—¡Tranquila, Sherlock! Esa es una conclusión muy fuerte y, la verdad, todavía no tenemos herramientas para pensar eso. Que padre e hija tuvieran una mala relación no significa que...

—En fin —interrumpe Sally—, me estoy saliendo del tema. Sí, Olivia prácticamente me confirmó, al evadir todas mis bolas curvas, que esto no es una simple desaparición, sino un secuestro, pero hay algo más. En su oficina había un mapa.

—¿De la ciudad?

—No, de la región. Bar Harbor, Tremont, Trenton, Lamoine... Un mapa de una buena parte de la zona costera del condado de Hancock.

—Un mapa que no forzosamente tenía en su oficina porque estuviese ligado a este caso —estima Hensley.

—O que no forzosamente pensaba colgar en su pared como decoración.

—Si crees que es una pista, no te voy a detener. Pero tampoco dejes que te devore. Si no ves un rastro claro, descártala y vuelve a nuestra línea de investigación principal. ¿De acuerdo?

—Lo prometo, no me obsesionaré.

—Esto no se trata de Olivia y de ti.

—Lo sé, te digo que no me engancharé.

—En ese caso, me preocuparía más ella que tú —bromea Hensley. Sally sonríe con complicidad.

Capítulo 15

David Hensley está parado al borde de un viejo tablón en el punto donde alguna vez hubo un puerto. Los pobladores de Bar Harbor se han olvidado que hace varias décadas existió Eden Falls, el puerto donde la gente de alcurmia anclaba los yates lujosos. Fue en la época de Bush Jr. que el lugar decayó. Nadie sabe con exactitud por qué. Pero los ricos se llevaron sus yates y el sitio se vino abajo. Eden Falls se convirtió en un puerto fantasma, devorado por la marea, por el moho, por la soledad y por los malvivientes.

Fue en una de las viejas bodegas del puerto que encontraron a Amber McRae sin vida. El caso le duele, es evidente. Sabe que últimamente se ha portado como un cretino. Pero todo lo relacionado con las Hijas de Dunlap le recuerda a Helen. Su hija es una herida supurante, le guste o no. Hensley se repite que, a pesar de ello, él es quien debe tener el control sobre sí mismo. No el pasado, no el dolor.

La mañana le arroja una brisa suave pero helada sobre el rostro. Hensley lo agradece porque casi no ha dormido, y este frío le ayuda a mantenerse despierto. Anoche, en la cama, repasó los archivos del caso de Amber McRae mientras su esposa dormía.

Y es que se le ha ocurrido algo: ¿y si repasa los detalles cruciales de Amber McRae? ¿Podría encontrar algo que lo inspire para avanzar en el caso de Alicia Higgins? Suena morboso, pero es hora de ponerse creativo. Ver a Sally seguir una corazonada le recordó los viejos tiempos, cuando él era un detective imparable e impredecible. Tal vez se tope con un muro, pero necesita intentarlo todo.

Tiene que ir un paso delante de Olivia Shawn y Nick Higgins. No porque se trate de una carrera y él quiera ser el mejor caballo. Sino por el bien de Alicia. Gracias a Sally, ya pueden estar seguros de que fue un secuestro. Y no va a permitir que una negociadora que ve el secuestro como un trato comercial coloque la integridad de Alicia en la repisa de la oferta y la demanda.

Hensley empuja el despostillado portón de una bodega que podría venirse abajo en cualquier momento. Pero está decidido a correr el riesgo. Entra y su mirada se clava en los tablones de madera en el piso, húmedo y enmohecido. Después de unos pasos encuentra una compuerta que da a lo que alguna vez fue el sótano. Ahora está anegado por el agua del mar. La construcción era deficiente y el sótano se inunda por temporadas. Fue así que Amber se ahogó. Sus secuestradores no contaban con la marea traicionera.

El lugar es escalofriante en su historia personal como detective. Se siente intranquilo. Vigilado, incluso. Espera no estar volviéndose paranoico.

Hensley disipa sus telarañas pensando en Bob McRae. Su nombre le da asco. Bob era hermano de Mark y tío de Amber. Wendy era el nombre de la mujer de Bob. La chica fue secuestrada por su propio tío y su esposa. No es un escenario raro que alguien cercano ejecute un rapto por pura ambición. Pero que no sea raro no lo vuelve menos despreciable ante los ojos del detective. Bob McRae estaba buscando que su hermano Mark pagara por el rescate de Amber con unos terrenos a las afueras de Bar Harbor. Y lo hizo. Mark pagó. Desesperado, hizo caso omiso a las autoridades respecto a no negociar con los secuestradores. Pero estos nunca le devolvieron a su hija. Incluso si esa hubiese sido su intención, no habrían podido hacerlo. Se les había muerto, ahogada en el sótano de esta misma bodega a la orilla de un puerto.

Y Mark lo perdió todo: sus tierras, su hija... y posteriormente a su mujer y su hijo, porque los McRae ya no pudieron levantarse ni rescatar a su familia después de eso.

Todo por unos terrenos.

David observa el agua estancada. El sitio le trae malos recuerdos, pero siente que tenía que pasar por ahí. Lo más que se puede decir del lugar es que está abandonado. De forma súbita, un tablón del techo cae a unos metros de Hensley. La decrepitud del lugar casi lo descalabra. Levanta la mirada y confirma sus sospechas. La madera está podrida, vieja. Esa bodega no aguantará la próxima temporada de tormentas.

Hensley sale, pero no lo hace por la puerta principal, sino por una pequeña puerta trasera ya medio arqueada. Quiere darle una vuelta perimetral al lugar. Todo parece corriente excepto por un detalle: tras un montículo de chatarra ve una lona sucia y raída que parece cubrir un automóvil. Esto no le extrañaría en otras circunstancias, hay muchas cosas abandonadas por aquí, pero las llantas de este automóvil tienen lodo fresco. No hace mucho que ese auto fue conducido.

El detective se acerca con cautela, pero no logra avanzar ni tres metros. Un golpe seco en la espalda lo manda al suelo, donde además recibe una patada en el abdomen que lo deja sin aire. Intenta ver qué fue lo que lo golpeó, pero no puede recomponerse, le falta el aliento. Solo ve que su atacante arroja una vieja pala junto a él, se monta en el auto y sale huyendo a toda velocidad.

Una espalda ancha y unos tejanos, un entorno borroso y un golpazo en el lomo. Hensley siente que eso es todo lo que ha sacado de su viaje de campo.

Capítulo 16

Sally sostiene un vaso de cartón que lleva escrito su nombre con un garabato apenas inteligible. Disfruta su café en una mesita montada sobre una acera del centro de Bar Harbor. Su momento de solaz es interrumpido por Hensley, que se deja caer en la silla junto a ella.

—¿Tienes algo? —pregunta el detective. Se ve algo magullado. Se frota el abdomen.

—Buenas tardes para ti también. ¿Todo bien?

Hensley evita la pregunta y dice:

—Puedes hacer que estas tardes sean buenas si de verdad tienes algo. Dime que es algo que tiene que ver con el mapa. Mañana se cumplirá una semana de la desaparición de Alicia. Entre más días pasan..., bueno, lo sabes bien. Las posibilidades de encontrarla viva descienden.

—Lo sé, David. Fui al Registro Público de la Propiedad del condado. Tuve que lidiar con un ejército de burócratas toda la mañana. Así que no me presiones. Este café es lo único que me mantiene a raya.

Sally toma un trago. Disfruta ver la impaciencia en los ojos de Hensley. Sin embargo, pronto recuerda que su compañero ha estado poco menos que explosivo últimamente. Trae la mecha muy corta. Así que se da cuenta de que lo mejor es ir al grano.

—Te vas a sorprender, Hensley.

—¿Tiene que ver con los terrenos del caso McRae?

Sally mira fijamente a David. Si no conociera a su compañero y no hubiese sido antes testigo de su talento, estaría sorprendida. En realidad, le da gusto que esté teniendo una de sus viejas corazonadas.

—Supongo que te debo un café. Qué puntería. Así es.

—¿Qué pasa?

—Mark McRae cedió sus terrenos para liberar a Amber de su secuestrador hace muchos años. Ambos sabemos cómo salió eso. Su hija murió, pero eso nos allanó el camino para acorralar a Bob y Wendy McRae.

—Bob se quedó con las escrituras, pero lleva años desaparecido. Muchos años.

—Bueno, pues hay novedades.

Sally le tiende unos papeles a David, quien los mira con sorpresa una y otra vez.

—Me siento en Disneylandia; qué pequeño es el mundo —sentencia Sally tras el último sorbo de su café.

* * *

El rostro de Nick Higgins ha enrojecido. Está visiblemente molesto. Olivia Shawn se hace la desentendida, finge atender una llamada en su celular dentro del estudio de la casa de Nick. Pero desde ahí puede ver, por la puerta entreabierta, la discusión entre su cliente y su esposa, Jessica. Él está a un paso de quedar fuera de sí, rabioso; ella se nota frustrada, decepcionada. Al borde de la desconexión.

—¡No puedo creer que hayas ido con los detectives! Te lo dije claramente, Jessica. ¡Deja fuera

a las autoridades! ¡Lo tengo todo bajo control!

—No me lo digas —dice Jessica con una incredulidad implacable.

—Olivia Shawn es una profesional.

—Profesional... ¿en qué? ¿Qué hace ella aquí en realidad? Ya lo sé, ya me lo dijiste, es una negociadora. Pero ¿por qué? No te consta que esto haya sido un secuestro. ¿O ya nos contactaron los secuestradores? No, ¿verdad? —reclama la mujer. Nick entrecierra los ojos. No aguanta más.

—Nuestra hija fue secuestrada. No me importa lo que tú creas. Y su vida corre peligro.

Esas últimas palabras hielan la sangre de Jessica. Los ojos se le humedecen.

—Traigamos entonces a la Policía, Nick.

La mirada del hombre se transforma. Sus ojos taladran a su mujer, que siente un miedo profundo. Cree ver al demonio en las pupilas de su marido.

—Si un policía pone un pie en la casa, Alicia y tú se mueren.

* * *

Con mucha precaución, Sally Lonsdale y David Hensley se acercan al yate maltrecho de Tessa McRae. La última vez que estuvieron ahí, Tessa los encañonó, y preferirían que esta visita tuviera una recepción más amigable.

Ahí está el yate, atado al muelle como siempre, flotando con dificultad. Ya han llamado a Tessa, pero no hubo respuesta. El silencio sería total de no ser por el sonido del mar, chocando con las embarcaciones del puerto. Están dispuestos a irse cuando, de pronto, ven a Tessa llegar con un par de bolsas de supermercado. Su hijo Chris está con ella.

—Supongo que dirán que no tengo más remedio que invitarlos a pasar.

—Eso sería un buen detalle —admite David.

—En realidad, sí tengo opción. Nos vemos al final del muelle —dice Tessa, que de inmediato voltea a ver a Chris y le entrega su teléfono—. Tienes quince minutos para tus videojuegos.

El chico pega un salto, le arrebató el aparato y se monta en el yate hasta perderse en la cubierta.

—Los alcanzo, voy a dejar las bolsas.

Hensley asiente, pero nota que Lonsdale está renuente a alejarse de Tessa. Así que toma a su compañera del brazo y comienza a caminar en dirección al agua de la bahía, con sus pasos que hacen rechinar la madera hinchada.

—Deberíamos hablar con Mark, no con ella —dice Lonsdale.

—Bueno, no encontramos a Mark en casa.

—No creo que coopere.

—En este momento y mientras encontramos a Mark, ella es lo que tenemos.

—¿Hablan de mí? —pregunta Tessa mientras se les acerca.

—De tu esposo —responde David.

Tessa asiente.

—Chris y yo fuimos a verlo. Puede que nuestra relación se haya desgarrado irremediabilmente, pero aun así me gusta que vea a su hijo de vez en cuando.

—¿Sabes dónde está ahora?

—Supongo que en su remolque, en la feria. Le encanta ese trabajo. Yo lo odio. Pero al menos hace algo por un par de meses cada año en vez de lamentarse por la vida —dice la mujer.

—Tessa, queremos hablarte de los terrenos.

Niega con la cabeza y mira hacia el horizonte.

—¿Por qué?

—Si mal no recuerdo —comienza David—, Mark tenía las escrituras de esos terrenos en su poder. Las recibió cuando murió su padre. ¿Cierto? Mark y Bob pensaban que su padre había muerto intestado, pero no fue así. Le dejó todo a Mark.

—Sí —interrumpe Tessa—, pero con la instrucción de venderlos y repartir la ganancia con su hermano.

—Pero una carta *post mortem* no le daba a Bob ninguna garantía. Lo que sabemos es que tu cuñado secuestró a tu hija para forzar a Mark a cederle la titularidad de los terrenos íntegramente. Mark decidió aislarnos del proceso cuando descubrió que el secuestrador que pedía tierras como rescate era su propio hermano. Nosotros le recomendamos no negociar con el captor pero, claro, en ese momento no teníamos la certeza de que Bob estuviera involucrado.

—El punto es que Mark —continúa Sally— le cedió las escrituras a Bob para salvar a Amber, pero...

Tessa la corta de tajo.

—No hace falta que me cuentes lo que sigue en la historia. De verdad, no sigas. No sé a qué viene todo esto.

Sally, al fin, siente algo de empatía por Tessa.

—Queremos repasar esta historia porque, bueno, tenemos nuevas pistas sobre el secuestro de Alicia Higgins, la chica de la que te contamos en nuestra visita anterior.

—A mí qué más me da —dice Tessa con desinterés.

—¿El apellido de Alicia te suena de algo? —pregunta Sally.

—¿Higgins? —medita Tessa—. No, no me suena de nada. ¿Debería?

—¿Qué tal el nombre de su padre, Nick Higgins? —añade la detective.

Niega con la cabeza. Y también con la mirada.

—¿Sabías que Alicia, al igual que Amber, era una hija de Dunlap? —pregunta Hensley.

El desgano de Tessa se disipa un poco. Hay una chispa en su mirada. Es algo entre la sorpresa y la confusión.

—¿Cómo dices?

—Cuando pasó lo de Amber, Bob logró quedarse con los terrenos, Tessa —recuerda Sally retomando el cauce que le interesa en la conversación—. Pero Bob ha estado desaparecido desde entonces. Es más, yo llegué a creerlo tan muerto como su mujer, Wendy.

—Qué terrible —lamenta Tessa sin ninguna franqueza—. Quitarse la vida de esa manera en prisión. Hubiera preferido que Wendy viviera y se pudriera en la cárcel por lo que le hizo a mi niña —afirma la mujer, ahora sí con convicción en cada sílaba.

—Al final, todo fue un asunto de dinero, de ambición...

Tessa les da una sonrisa torcida.

—¿Eso han creído todo este tiempo?

Sally y David se miran.

—Dejen que les cuente una historia —les dice mientras saca una cajetilla de cigarrillos de sus desgastados pantalones de mezclilla.

Capítulo 17

Durante días, David Hensley ha pensado que las historias de Amber McRae y Alicia Higgins eran rompecabezas separados. Imágenes reflejadas y cortadas en pequeñas piezas que hacen difícil el ensamblado. Pero no. Ahora piensa que ha estado equivocado. No se trata de dos rompecabezas, sino de uno solo. La historia que Tessa les contó ha sido fundamental para afianzar su teoría. El problema es que ahora necesita tres cosas esenciales para cerrar el caso: un culpable, unas pruebas incontestables y encontrar a la chica. Esto último por encima de todo. Pero al menos ya tiene una narrativa que le parece más o menos convincente.

En un juego de caliente o frío, Hensley avanzaba por la zona más tibia. Ya tenía la certeza de que Alicia Higgins había sido secuestrada. Y ahora cree que sabe por qué. Inicialmente, cuando Sally le pasó aquel manojo de papeles sobre unas hectáreas de tierra a las afueras de la ciudad, pensó que estaba frente a un juego de ambición que le recordaba la guerra de codicia de los McRae. Solo que tras la historia de Mark y Bob había un entramado de rencores familiares que desconocía. Todo esto le da una nueva dimensión al caso de Alicia.

«Nick Higgins está siendo chantajeado como Mark lo fue hace años», fueron las primeras conjeturas de Lonsdale. Ahora sabe que él y su compañera pensaron en pequeño.

Esta bien podría ser una rencilla de familia bastante añeja. ¿Quién tiene un lápiz con la punta lo suficientemente afilada para reconectar los puntos?

Bob McRae secuestra a su sobrina Amber para chantajear a su hermano Mark y obligarlo a que le ceda cientos y cientos de hectáreas de terreno a las afueras de Bar Harbor, una ciudad en expansión. Terrenos que, obviamente, están tasados en una fortuna. Bob se sale con la suya, pero Amber muere. Hasta aquí, todo parece simple y llana codicia.

Pero dos nuevos factores han vuelto las cosas más interesantes: primero, la confesión de Tessa sobre el intrincado pasado familiar de los McRae; segundo, el hallazgo de bienes raíces logrado de forma digna por la imparable Sally Lonsdale.

David Hensley se frota las manos con fuerza, un gesto inconsciente que se manifiesta cuando está emocionado. Ya siente el suelo bajo sus pies, aunque sabe que todavía le queda un buen kilometraje de neblina que despejar. Parado frente a un pizarrón y con Lonsdale como única espectadora en una sala de juntas desangelada de la comisaría, Hensley se prepara para contarle a su compañera la narración que se ha forjado en su cabeza como punto de partida para resolver el caso y salvar a Alicia. Pero sabe que primero necesita escuchar si Sally le encuentra sentido a lo que está por describirle.

Hensley repasa la situación en su cabeza antes de comenzar.

Capítulo 18

Aquella mañana, hace seis años, Amber McRae avisó a sus padres que se quedaría hasta tarde en la escuela, algo natural en una hija de Dunlap. Pero Amber tenía otros planes. Ella y sus amigos habían quedado de verse en la Feria de los Tulipanes. Nunca regresó.

Hacía apenas unas semanas que Mark y Tessa McRae encontraron, accidentalmente, un respiro en su ajada relación. El padre de Mark, Winston McRae, un hombre que un día se montó en un barco y nunca regresó, había decidido «reaparecer» y de una forma muy particular.

El abogado les entregó una urna de cremación con la mitad de las cenizas de su padre y les leyó el testamento. Mark y Bob no verían ni un centavo de la cuenta corriente de Winston, pero en su lugar les dejaba unas escrituras. Los hermanos McRae se fueron de espaldas. Winston había huido de Bar Harbor, su tierra natal, pero al mismo tiempo se había quedado. Las escrituras daban fe de la propiedad de una vasta porción de terreno a las afueras de la ciudad. La mayor parte de esas tierras, incólumes. Solo una porción en particular se usó desde hacía décadas: las tierras sobre las que cada año se erigía la Feria de los Tulipanes.

Pero la alegría de los McRae muy rápido se tornó en discordia. Mark, trabajador pero lacerado por las deudas debido a una mala racha y un par de erradas decisiones de negocios; y Bob, perseguido por sus acreedores por deudas de juego y derroche; ambos tenían ideas distintas sobre el destino que las tierras debían tener.

Mark pensaba en conservarlas. Por el contrario, Bob quería vender. Y quería hacerlo ya. Venderlo todo. Al mayor de los McRae lo acosaban los bancos y los prestamistas clandestinos; los cobradores de corbata y los de puñetazos también. Su mujer, Wendy, pensaba igual. Le urgía salir de la casa rodante donde vivían para mudarse a alguna de las mansiones de El Pinar y, ¿por qué no?, incluso comprarse una casa en Bethany Beach. Lamentablemente, los planes de Bob eran diferentes en ese sentido. No bien supo lo de la herencia, se anotó una deuda más al comprar un lujoso yate para vivir con su voluptuosa mujer, que tuvo que obedecer a regañadientes, persuadida por los modos crueles de su marido.

Pero había algo más. En la última voluntad de Winston McRae había un candado inesperado. Consciente de que el hermano menor era el más cuerdo, Winston designó a Mark como el titular de las escrituras, una suerte de albacea por el que tenían que pasar todas las decisiones respecto a los terrenos. La firma de Mark era la firma del poder. Winston dispuso que las tierras fueran de ambos, sabía que Mark honraría eso y le daría a su hermano lo que le correspondía. A final del día, dependía de Mark el poder vender, traspasar, donar o hacer volar en pedazos la extensa propiedad McRae.

Bob no estaba de acuerdo con eso. Ni un poco. La áspera relación entre Mark y Bob se volvió más difícil a partir de ahí. Bob cavilaba: «¿Cómo podía su padre haber pasado por alto que él era el mayor? ¿Quién mejor que el primogénito para recibir los favores del padre? En ninguna cabeza sensata podía haber cabido la idea de que el benjamín era el más capaz».

Bob presionaba a Mark. Los hermanos discutían. Pero Mark se ceñía a su plan. No iba a venderlo todo. El dinero líquido es precisamente eso, algo que se puede ir en un instante por una coladera. Y con el paso de las semanas, el resentimiento de Bob se hacía más grande. Se sentía degradado. Y, además, tenía sus deudas, a su demandante mujer y un yate costoso que pagar. Urgía

darle la vuelta a la situación.

Fue Wendy quien puso sobre la mesa el secuestro. Pero ella pensaba que raptar al pequeño Chris era la mejor opción. Su esposo la escuchó con atención y, acto seguido, formuló su propio plan, que era una copia del de Wendy, pero con Amber, la honorable hija de Dunlap en el epicentro. Él tenía que ser la mente maestra. En las mentes de Wendy y Bob el secuestro de Amber era, después de todo, un falso secuestro. Era su sobrina. No es que le tuvieran un afecto particular, pero, bajo su retorcida mirada, era familia.

Para Wendy y Bob McRae todo se reducía a una fórmula de tres pasos: seguir de cerca a Amber hasta encontrar una ventana de oportunidad para raptarla y encerrarla en una bodega cercana al muelle donde tenían su flamante yate; después solo había que presionar de forma anónima a Mark para que entregara —y cediera legalmente— las propiedades, cosa que de seguro terminaría por hacer con tal de salvar a su hija... incluso si Tessa se resistiese a perder el regalo recién recibido de un suegro al que nunca conoció. Finalmente, solo quedaba soltar a la chica en alguna calle vacía de Bar Harbor, un lugar donde la joven pudiese orientarse para volver por sus medios a casa.

El último paso salió tan mal.

Luego de que Mark McRae negociase con los secuestradores de su hija, incluso en contra de los consejos de las autoridades involucradas para resolver el caso, fue que Hensley y Lonsdale encontraron la pista decisiva: ¿quién podría beneficiarse de unas escrituras liberadas por el titular sin una transferencia de propiedad notariada? ¿Quién podría volver propias esas tierras con tanta facilidad, con solo una firma? Muy rápido acorralaron a Wendy, quien se quebró. Bob, por el contrario, probó ser una rata escurridiza. Con las autoridades en los talones, probó ser digno heredero de su padre: desapareció sin dejar rastro, llevándose consigo unas escrituras que solo eran papel en sus manos. Hundida en prisión y abandonada por su marido, Wendy se suicidó en la cárcel al poco tiempo. Y los terrenos quedaron ahí, a la mano de Dios. O en una suerte de limbo. Mark no podía demostrar ya su propiedad. Los organizadores de la feria han aprovechado el vacío para prácticamente tomar esas tierras como suyas, sin rendirle cuentas a nadie con la llegada de los tulipanes.

Capítulo 19

Ha pasado una semana desde la desaparición de Alicia. David Hensley termina de anudarse la corbata y, acto seguido, se la afloja. Siempre lleva la corbata suelta. No importa cuántas veces su esposa Louise se la recomponga, él prefiere algo de holgura. Ella le ha dicho que, si no va a llevar bien la corbata, mejor no se la ponga. Pero a David le gustan las corbatas. ¿Qué tiene de malo que le guste llevarlas a su manera?

Mientras se mira en el espejo que está en el recibidor de su casa, justo antes de salir, Hensley vuelve a repasar la gran pregunta que le planteó a Sally Lonsdale el día anterior: si Mark McRae perdió aquellas tierras hace años a manos del desaparecido Bob, ¿cómo es que ahora esas tierras están a nombre de Nick Higgins? No puede ser casualidad que Alicia haya desaparecido. ¿O sí?

Nick Higgins tiene a una negociadora como Olivia Shawn a su lado por lo mucho que puede perder: una millonada en terrenos. ¿A Nick Higgins en verdad le importa recuperar a su hija?

Un claxon suena frente a la casa de David. Es Sally. Ahora irán en su auto porque Louise ha tomado el de su marido para hacer algunos mandados. Y a Louise no puede decirle que no. Al salir de casa y ver a Lonsdale al volante, le llega de golpe cómo ha crecido Sally profesionalmente. Ella misma tuvo «la corazonada», ese pálpito intangible de los grandes detectives, y se le ocurrió revisar la teoría de los terrenos, en claro paralelismo con el caso de Amber McRae. Lo que Sally encontró en el Registro Público de la Propiedad fue sorprendente: las tierras que alguna vez fueron de Mark, esas donde ahora hay una feria, están a nombre de Nick Higgins.

—No puede ser casualidad. Que no —murmura el detective para sí.

Sí, Sally Lonsdale ha crecido mucho. ¿Qué habría sido de Amber... o de Helen... si les hubieran permitido crecer?

Hensley se ha subido al automóvil de su compañera con un objetivo claro: tienen que darle a Alicia la oportunidad que a Amber y Helen les fue negada. Es ahora o nunca.

* * *

Jessica Higgins abre la puerta con desgano. En el umbral encuentra a Sally Lonsdale y David Hensley.

—¿Podemos pasar?

El semblante de Jessica cambia de inmediato. Mira rápido sobre los hombros de los detectives. Hay algo en ella que oscila entre el alivio y el desasosiego. Su estado de ánimo es confuso, incluso para alguien tan bueno para leer actitudes como el detective Hensley.

—Pasen.

Les abre el paso.

—Veo que el auto de Nick no está —señala David.

—Salió a la oficina de Olivia Shawn hace un rato. No sé cuánto vaya a tardar. ¿Podemos ser breves? Por si las dudas.

—Ciertamente, queríamos hablar contigo, Jessica —dice Sally—. Pero, para serte franca,

también esperábamos tener una oportunidad para hablar con él.

—Él no va a decirles nada. De hecho, no quiero saber lo que pasará si sabe que hablé con ustedes otra vez.

David Hensley decide ir directo al grano.

—¿Sabes algo de unos terrenos en las afueras de Bar Harbor?

Jessica desvía la mirada. Los ojos se le enrojecen. Solo entonces es que David nota la ligera hinchazón en las bolsas de los ojos. No hace mucho que estuvo llorando. La madre de Alicia duda, parece que está por hablar, pero se frena a sí misma hasta que, al fin, decide soltar el pedal, porque no hay carrera que no correría por llegar a donde sea que su hija esté.

—Recién me he enterado de ello. ¿Cómo lo supieron?

—Es una larga historia. Preferiríamos no hablar en este momento al respecto, para no comprometer la investigación —dice David.

—Por favor...

—Sabemos que eres su madre, Jessica. No subestimamos ni tus emociones ni la tortura por la que estás pasando. Pero solo tenemos teorías, de momento. Cualquier cosa que nos puedas decir será de ayuda.

—No tenía idea de que éramos dueños de semejante pedazo de tierra. Siempre hemos sido de clase media, incluso algo más boyantes que eso. Pero... ¿ser dueños de un terreno del tamaño de un pequeño parque nacional? —Jessica niega para sí. Su incredulidad es transparente—. Ojalá volviéramos a los tiempos en que no teníamos nada de eso. No hay riqueza que me sirva si mi hija no está aquí.

—¿Cuándo te lo contó Nick? Lo de las tierras, quiero decir.

—Hace muy poco. Amenacé con ir a buscarlos de nuevo. Con traerlos a Sally y a usted. Presioné a Nick para que colaborara con su investigación. Fue entonces que la señora Shawn y él hablaron conmigo.

—Nick tiene involucrada a una negociadora corporativa porque lo que está en juego no es solo su hija, también los terrenos —comenta Sally con la mirada fija en David.

—Jessica, es posible que Nick y Olivia hayan sabido desde el primer momento que Alicia había sido secuestrada —le previene Hensley. Jessica sonríe.

—No es posible. Es así. Estoy convencida. No conozco más a Nick. Yo hace tiempo que hubiera soltado esos terrenos con tal de tener a mi hija de vuelta. Pero él no. —Jessica se muestra mortificada.

—No queremos molestarte más, Jessica. De momento, nos has dicho suficiente. Sin embargo, sí quisiera preguntarte una cosa más —añade David.

Ella asiente.

—¿Te suena de algo el apellido McRae?

Capítulo 20

Tessa McRae toma una mochila con un estampado de figuras sacadas de una animación televisiva. Con algo de prisa, mete una chaqueta de Chris, que queda echa nudo en el interior. También mete ahí su cartera y su celular.

—¡Chris! ¡Tenemos que irnos ya, cariño!

No hay respuesta

—¡Chris! —grita Tessa con más autoridad.

—¡Aquí estoy! —le responden. Es la voz de su hijo, pero se escucha distante, como si su oído tuviera que luchar por alcanzar su sonido.

Tessa mira a su alrededor. Se asoma dentro de un par de los minúsculos camarotes del yate. Nada. Decide echar un vistazo por las ventanas redondas de la embarcación y desde ahí puede ver a Chris, moviendo su mano desde el muelle. Tessa le da a su hijo una sonrisa con la que intenta disfrazar su agobio y premura. Pero Chris vive en un mundo aparte, soñando con superhéroes, batallando con las tareas de la escuela y contando los días para que llegue la tarde en que podrá ver a su padre a un costado de la feria.

Tessa llega a la cubierta. Donde Chris la sigue saludando con fuerza.

—¡Ya ven, mamá!

La mujer observa una figura corpulenta que baja de un automóvil estacionado en la naciente del muelle desolado. Ella, Chris y el visitante son las únicas tres almas en el lugar. Y el hombre avanza directo hacia Chris.

* * *

—¿Recuerdas tu visita al Registro Público de la Propiedad? —le pregunta David a Sally.

—¿Qué con eso?

David tiene que admitirlo: no tener el control es algo que lo sobrepasa. Qué ironía, porque en su trabajo el control es algo que constantemente se les escurre de las manos.

—Quisiera que hicieras gala de tus talentos de investigación y de tu capacidad para sumergirte en los impenetrables vericuetos de la burocracia y los archivos públicos.

—¿Desde cuándo se expresa usted con tanta propiedad? —se burla Sally.

—Solo estoy intentando subir el nivel de mi juego —responde David.

A Sally le sorprende que Hensley haya recuperado el sentido del humor. Hace unos días, cuando visitaron la escuela Dunlap, parecía más que solo irritable. Era como si coqueteara con un colapso anímico. Pero los avances de la investigación parecen haberlo regresado al área de juego.

—Estoy a su servicio, detective.

—Se me ha ocurrido algo que puede no ser nada, pero que me parecería interesante explorar.

Sally tiene la mirada en el camino, pero su rictus manifiesta que está francamente intrigada.

—Quiero que vayas al Registro Civil y que trates de armar un árbol genealógico de los McRae y los Higgins.

—Bien. Interesante. ¿De dónde viene esta idea?

—Me inspiró una colega con la que trabajo. Por lo general es un fastidio, pero recién tuvo la idea de investigar algo sobre una propiedad. No sé, su corazonada me empujó a reconectarme con mi propia intuición, por decirlo de algún modo.

—Esa colega tuya, suena a que es genial.

Capítulo 21

El frío despierta a Alicia, recostada sobre el piso, en la oscuridad. Sus brazos y piernas se han adormecido. Sus coyunturas duelen como nunca. Ha perdido toda noción del tiempo. No sabe si lleva dos días o dos semanas metida en ese agujero helado, húmedo. El sonido del agua, que antes la arrullaba, ahora por ratos es como un taladro insoportable. En otros momentos, simplemente, se vuelve invisible. También le llama la atención ese golpeteo que aparece y desaparece. Vuelve a preguntarse si podrían ser pasos. O podría ser el sonido del viento. No puede identificar qué es. ¿Un pájaro carpintero? Es absurdo.

Después de días de gritar por auxilio, ahora se da cuenta de que la voz ya no le sale. Quizá sea que está demasiado débil. O que su voz ha decidido abandonarla por completo, pues ya se la ha gastado toda pidiendo que alguien la rescate. Nadie puede oírla, esa es la verdad.

Alicia intenta incorporarse, apoyarse contra la pared fría para ver si así consigue descansar un poco la espalda, que quisiera poder estirar. Ya resiente tanto tiempo encorvada. Pero al intentar acomodarse, Alicia siente algo. No es el frío. Claro que no.

Es agua.

Sus vaqueros se han mojado un poco con ese líquido. Palpa. Sus dedos se mojan. Se los lleva a la cara. Olfatea. Se atreve a ponerse un poco en los labios. Es agua salada.

¿De dónde viene esa agua de mar?

Capítulo 22

Mark McRae se siente contrariado. Tessa y Chris no están en casa. O, mejor dicho, en el yate. Si ha ido a buscarlos es porque se saltaron la tarde de visita. Y eso es algo que no había sucedido durante las fechas de la feria. Si fuese por Tessa, se haría la desentendida e inventaría alguna excusa para justificarse ante Mark por haber olvidado llevar a Chris. Pero el chico no permitiría que eso sucediese. Ir a visitar a papá durante la Fiesta de los Tulipanes es grandioso porque Mark siempre lo lleva a las atracciones. Trabajando ahí consigue que el chico se suba a todos los juegos mecánicos una y otra vez, le da algodón de azúcar y hasta se comen juntos alguna salchicha. Los tres. Casi como en el pasado.

Mark sube a bordo de la embarcación. Tessa no se lo permite, pero el mutis lo ha obligado a hacerlo. El lugar está vacío, desordenado. Pero es un desorden controlado. No hay señales de nada fuera de lo normal. Para Mark era importante hablar con ella. Sobre Chris, claro. Pero también sobre Amber, sobre Hensley y Lonsdale, sobre el pasado y el presente. En particular sobre el hombre que fue a dejarla la última vez a la casa rodante.

En general, siente que Tessa está rara últimamente. Piensa que este lugar la ha rebasado. No la culparía si quisiera presionar el botón de reinicio. Aunque su corazón se resiste, Mark sabe en su cabeza que ellos dos son una historia cuyo punto final se trazó hace muchos años. Lo que pasó con Amber solo fue la estocada final.

Mark ve una fotografía en el camarote del niño. En ella están los cuatro juntos. Al lado de esa fotografía hay una pila de papeles, son cartas de Bob, la última le dice a Tessa que en pocos días estará en Tremont.

* * *

—¿Quieres que te lleve? —dice una voz que no le parece del todo desconocida.

Mark McRae espera en una parada de autobús por un transporte público que no llega. Se ha soltado una lluvia que en otros lugares sería calificada como atípica. Pero no en Maine, no en Bar Harbor, donde todo puede suceder. Mark reconoce el automóvil, pero de todas formas se acerca. En el asiento del piloto ve a David Hensley.

—Si vas camino al muelle a buscar a Tessa, te voy a ahorrar el viaje. No está.

—Eso iba a hacer, pero quisiera cambiar de planes. Ya que te he encontrado aquí, puedo llevarte a la feria, evitar que te mojes y charlar un poco contigo.

—Sabes que podría tratar de agarrarte a golpes en cualquier momento, ¿verdad?

—Correré ese riesgo solo porque yo sé que podría tratar de hacer lo mismo.

McRae mira a su alrededor. No se ve el autobús acercándose. Sabe que no está obligado a subir al auto del detective. También sabe que no está obligado a decirle nada que no quiera decirle, pero al fin entra al vehículo, detenido en la calle con las luces intermitentes encendidas.

—Acabas de tomar una buena decisión, Mark.

—Recién me subo y ya me estás haciendo cambiar de idea.

—Sé que probablemente no quieras hablar de esto, pero el caso de Alicia, la chica

desparecida en la feria y que, al igual que Amber, era estudiante de Dunlap, ha dado un nuevo giro.

—¿Qué giro es ese?

—El padre de Alicia es ahora el dueño de las tierras que le entregaste a tu hermano Bob para tratar de recuperar a Amber. Su nombre es Nick Higgins.

De pronto, parece como si Mark hubiese tomado con sus manos desnudas una cerca eléctrica hasta quedar semiinconsciente. Es como si estuviese en el auto con David, pero sin estar del todo.

—¿Mark?

David se detiene en un semáforo. Mark se apea sin mediar palabra. La lluvia ha arreciado un poco.

—¡Mark, regresa!

En ese momento, un mensaje entra en el teléfono de David. Es Sally. En la vista previa de la pantalla de bloqueo, David puede ver un mensaje contundente: «Eres el rey de las corazonadas. Tenemos que hablar ya».

Hensley duda entre seguir a Mark y arrancar para encontrarse con Sally. Entonces nota que Mark se ha detenido y lo mira. Entre el fragor de la lluvia, Mark intenta decirle algo a Hensley, que no escucha del todo, pero cree entender:

—Voy a caminar a casa.

Capítulo 23

Lonsdale espera a Hensley a las afueras del Registro Civil. David esperaba una investigación de días, pero Sally se las ha apañado para armar algo en solo veinticuatro horas.

—Estoy aquí desde las nueve de la mañana, cuando la oficina abrió —aclara Lonsdale—. Necesito café.

—Te lo cambio por algo de información útil.

Sally lleva una carpeta en la mano, se la pasa a Hensley por la cara.

—Voy a darte la versión breve: Mark y Bob McRae son «primos» de Nick Higgins.

—No sé qué tanto me gusta lo que escucho —confiesa Hensley.

—¿O tal vez «medios primos» describa mejor el parentesco? —se pregunta la detective a sí misma, sin darse respuesta alguna—. En fin. Déjame hablarte del extinto Chester McRae, hermano de Winston y fallecido hace casi cuarenta años.

David Hensley detiene con lentitud el automóvil frente a un cruce peatonal. Enciende sus intermitentes. Un grupo de niños con uniformes escolares cruza la calle mientras una mujer con un signo de «Alto» pide paciencia a los conductores.

—Winston y Mona McRae tuvieron dos hijos, Bob y Mark McRae. Chester no fue tan mediano. Con su esposa concibió a Calvin Chester McRae. Sin embargo, y gracias a los registros digitalizados, a las herramientas de búsqueda y a los beneficios especiales que te otorga una placa de Policía en esta ciudad, pude encontrar a otros cinco niños que fueron registrados con Chester McRae como su padre.

—Las historias de familia siempre me resultan tan fascinantes —afirma David, pero Sally no se desconcentra.

—Como sea. Llamó mi atención en particular uno de los vástagos que Chester McRae tuvo fuera de su matrimonio, todos con distintas mujeres, he de decir. Se trata de un niño al que llamaron Nicholas McRae, presentado vivo y sano por su padre y madre para su registro —dice Sally, ahora leyendo directo de una fotocopia de una vieja acta de las que todavía se escribían a mano—. «¿El nombre de la madre?», deberías preguntarme. Pero como no lo haces, yo te lo diré.

—Como si no me lo fueras a decir sin que te preguntara —responde Hensley con el auto en marcha otra vez.

—Elizabeth Alicia Higgins. Nuestra Alicia lleva el segundo nombre de su abuela. Nuestro Nick lleva ahora el apellido de la madre.

—¿Tú necesitas más pruebas para probar un parentesco? —le pregunta David a Lonsdale.

* * *

Tessa McRae pone los pies sobre la arena y piensa: «Este sería un buen lugar para vivir». Le parece que con los años, Bar Harbor ha envejecido mal. Su aire lo siente turbio y cada calle le parece una cicatriz. Pero aquí, en Lincolnville, todo es distinto. Tessa observa que Chris corre por la modesta playa como si le resultase inabarcable. Al mirarlo, quiere pensar que el niño no tiene motivos para seguir pensando en su padre ni en todo lo que representa. Tessa se amarga por un

momento, pero decide pasar el mal sabor con la cerveza *lager* que tiene en las manos. Ella ha decidido dar pasos hacia adelante. Sus pies ahora no descansan sobre un muelle hinchado y chueco, sino sobre las pequeñas dunas que se forman por las pisadas de aquellos que llegan a esta parte de la bahía de Penobscot a tender sus toallas.

«¿Y si no vuelvo nunca más?», se pregunta en silencio antes de colocarse de nuevo las sandalias. Había estado agobiada después de contarle a David la historia de resentimiento entre Mark y Bob. Pero ahora cree que estuvo bien hacerlo. Lo que en su momento pareció un arranque, una verborrea que vino a ella como el humo que despiden las ollas de presión, en realidad le ha resultado liberador y hasta conveniente.

Ahora tiene claridad. Tessa McRae sabe las cosas que necesita y las que no necesita en su vida.

Capítulo 24

Los detectives han decidido pasar una vez más por la casa de Jessica y Nick. Han visto los dos autos estacionados en el exterior y concluyen que es ahora o nunca, que es momento de interceptar a Higgins en casa y tratar de hablar con él. Si es que los recibe.

—¿A partir de qué punto se le puede acusar al padre de una chica secuestrada de obstrucción de la justicia? —pregunta Hensley a regañadientes.

—Tranquilo. Recuerda, solo venimos a hablar.

—Lo que está haciendo con Olivia es la misma locura que hizo Mark.

Lonsdale hace un ademán para que calle. Llama a la puerta. Es el propio Nick quien abre. Como un acto reflejo, David Hensley deja salir uno de sus gruñidos guturales, a una frecuencia tan baja que solo es audible para Sally Lonsdale, quien espera que el David bestial de hace unos días no aflore en este momento. Si logran una conversación con Nick, habrían de conducirla con cautela.

—Váyanse —dice Nick cortante.

Intenta cerrar la puerta, pero David lo detiene con su enorme mano. Sally teme que las cosas suban de volumen.

—Por favor, Nick. Sé que usted ha decidido manejar el caso de su hija a su manera. Pero los días pasan. Si tan solo pudiera contestarnos un par de preguntas —dice Lonsdale.

Nick titubea un momento. David lo nota y saca la mano de la puerta.

—Le quitaremos solo un par de minutos —dice Hensley.

—Lo siento. Mi asesora me ha recomendado no involucrar a las autoridades.

—Queremos ayudar —dice Lonsdale.

—Los secuestradores han dicho que no involucremos a la Policía en esto —dice una voz detrás de Nick. Es Jessica, que ha llegado a la puerta. Su marido le da una mirada reprobatoria.

—Ha sido suficiente —dice Nick—. Adiós.

La puerta se cierra casi en las narices de los detectives, que no se sienten del todo desanimados. Ahora saben que la comunicación de los Higgins y Olivia Shawn con los presuntos secuestradores está abierta y activa.

* * *

—¿Y si intervenimos sus teléfonos? —Le dice el detective a Sally, mientras caminan hacia la entrada de la Feria de los Tulipanes.

David Hensley quiere saber, por cualquier medio, qué sucede en la casa de los Higgins y cómo es que Olivia Shawn está manejando la situación ante los secuestradores con los que, según parece, tienen contacto.

—¿Te estás escuchando, Hensley? En lo que sorteamos la burocracia para lograr algo así, podría ser demasiado tarde para Alicia.

—Te diría que vuelvas a intentar charlar con Olivia Shawn, pero supongo que no hablará contigo.

—Ni de broma.

Hensley y Lonsdale avanzan hasta el portón de malla ciclónica. David no se toma la molestia de llamar en esta ocasión. Empuja con fuerza, mete la mano y jala la manija en varias ocasiones hasta que se abre.

—Esto bien califica como allanamiento, detective Hensley.

—Perdón, es que tengo algo de prisa —se justifica David. Al fondo pueden ver la casa rodante donde vive Mark. Es evidente que Hensley tiene urgencia por charlar con él.

Al llegar a la puerta, David toca con determinación. Lo hace en un par de ocasiones más, pero no hay respuesta.

—¿Qué se te ofrece, Hensley?

Solo entonces los detectives se dan cuenta de que Mark ha estado sentado todo ese tiempo en una silla Acapulco desvencijada, a un costado del remolque y dándoles la espalda, disfrutando de la vista de la feria apagada y solitaria.

—Mark, dejamos una conversación inconclusa.

—Lo sé. Necesitaba pensar. Justo hace unos días quemé un montón de papeles viejos y fotocopias.

Hensley necesita que Mark se mantenga concentrado. Al acercarse a él, recibe un tufo a alcohol. En efecto, McRae tiene en la mano una botella de ron barato.

—Me pareció que el nombre de Higgins te resonó de alguna forma.

—Cuando viniste aquí la primera vez a hablar de Amber, de una chica desaparecida, del pasado... francamente pensé que habías perdido el norte, que habías sido despojado de todo tu talento como investigador. Pero, al mismo tiempo, removiste algo en mí. Así que quemé todo lo que me atara a aquella vida: el acta de matrimonio, las boletas de calificaciones de Amber, los diplomas del karate de Chris, las copias de aquellas tierras que fueron mías por un par de meses, las pruebas de aquella riqueza que pudo ser nuestra, que pudo haber salvado a mi familia, o eso quiero creer. Quemé todo, Hensley.

—No necesito de ti un papel, solo una confirmación.

Mark mira a Hensley con ojos cansados.

—Esto era mío, David. Esta tierra sobre la que estoy sentado, borracho, era mía.

—Mark, ¿Nick Higgins es tu primo?

McRae le da un largo trago a la botella. Tan largo que Hensley tiene que separarlo de la boquilla. A Mark no le importa derramarse un poco del ron sobre su camiseta sin mangas.

—¿Esa es tu preocupación? ¿Dibujar el árbol genealógico de los McRae? Ay, Hensley. De verdad te estás haciendo viejo.

—Solo necesitamos que nos confirmes si Nick Higgins, padre de Alicia Higgins, es en realidad Nick McRae —le pide Lonsdale.

—Voy a darles algo mejor, camaradas. Mi hermano Bob ha regresado y se va a reunir con Tessa.

Mark McRae suelta la botella y se pone a llorar.

* * *

Tessa mira su reflejo en el agua de la piscina del motel de carretera, que le deforma el rostro. Quisiera no tener que regresar a Bar Harbor. Esta escapada de fin de semana a Lincolnville le ha

sabido a poco, pero al menos ahora sabe a dónde quiere marcharse, en donde buscaría darle un nuevo inicio a su vida.

El sonido de un claxon la saca del trance. Chris saluda desde la ventana del conductor de un viejo Lexus que lleva el maletero abierto. Tessa se moja la punta de uno de sus pies por última vez en el agua y avanza hacia el auto. Se pone las gafas oscuras en el rostro. Unas manos fuertes cierran la cajuela.

—Ya está todo arriba. ¿Nos vamos? —dice el hombre que lleva una camisa floreada, corriente y unas bermudas ligeramente raídas de la parte inferior. Tiene la barba algo crecida y maltratada. El rostro abotagado. Su voz raspa. Es Bob McRae.

—Quedémonos.

—No se puede —niega Bob—. Anda, niño, ve a la parte de atrás —le dice Bob a Chris, que se quita del volante sin chistar.

Tessa abre la puerta del copiloto. No puede evitar pensar que Mark le hubiera abierto la puerta. Pero Bob no es Mark. Lo importante es que ha regresado y que ambos están dispuestos a pasar página y escribir un futuro inesperado.

Capítulo 25

—Hay algo que no te he contado —dice Hensley al volante.

Al lado de él está Sally, quien va muy atenta al camino. David la lleva a casa. La noche está por caer. Otra noche que Alicia pasará en soledad. Ambos están visiblemente nerviosos, tensos. Y ahora Hensley tiene un momento de confesión. Más vale que sea algo bueno.

—Dispara.

—Creo que tuve un encuentro con Bob McRae.

Sally voltea a ver a Hensley, es obvia su sorpresa.

—¿Qué dices?

—Cuando fui a visitar la bodega donde encontramos el cuerpo de Amber años atrás, noté un auto estacionado en el camino trasero. Parecía abandonado, estaba ahí como chatarra, pero me di cuenta de que no era eso, que era un auto en uso. Tenía las llantas enlodadas. Pero alguien me atacó por la espalda y huyó en el vehículo.

—No me dijiste nada.

—No estoy en mi mejor momento. Y no pude ver nada, prácticamente me noqueó.

—Y ahora crees que Bob te atacó y que anda circulando por ahí en un automóvil que no podemos identificar.

—Es una teoría. Después de lo que Mark nos dijo sobre el regreso de su hermano, no sé, no me extrañaría que en verdad anduviera por aquí.

—¿Puedes usar el drama McRae para encontrar a Alicia? Si puedes hacerlo, soy toda oídos.

Hensley se queda callado. De pronto, siente la urgencia de plantarle un puñetazo en la cara a Bob.

* * *

Alicia Higgins nunca había visto un cielo tan estrellado como ese. Se siente libre, estira los brazos y las piernas hasta donde sus músculos lo permiten. Es feliz. Jimmy no está con ella, pero puede sentir su abrazo. Su madre no está con ella, pero puede escuchar su voz, reconfortándola.

Las estrellas fugaces dibujan su trayectoria hasta desvanecerse en el horizonte. Solo hay algo que a Alicia le parece fuera de lugar. Cuando una estrella fugaz desaparece en lontananza, algo cruje en sus oídos, como si alguien llamara a la puerta de una casa vacía. Las estrellas comienzan a desplomarse una tras otra. Y el golpeteo arrecia.

Alicia se da cuenta, de pronto, de que está echada en un charco cuyo nivel sube de forma gradual. ¿Qué lugar es este?

Un movimiento violento la sacude con fuerza. Alicia pega un salto y un pequeño grito. Ha despertado. ¿Cómo es posible que un sueño tan apacible pueda volverse en algo tan inquietante? Alicia espabila y se da cuenta de que el martilleo de su sueño persiste. Está lloviendo.

Pero algo más llama la atención de la chica: su jaula se mueve. Sí, el sitio donde está prisionera se tambalea con fuerza de un lado a otro. Y solo entonces se percató de que no está en un sótano. ¿Qué clase de lugar es ese?

* * *

—Debo confesar que pensé en Mark como uno de los posibles sospechosos —dice David Hensley con la boca medio llena. Louise ha preparado macarrones con verduras y un filete para cenar. Él se pone de muy buen humor cuando cena bien. Y también muy parlanchín. Menos mal que su esposa es una tumba. Con el paso de los años, Louise se ha convertido en una suerte de confesionario.

—¿Lo has descartado ya? —pregunta su mujer.

Hensley medita un instante.

—Hay una parte de mí que sí, pero... me pregunto si todo lo que dijo será cierto. Si de verdad Bob McRae ha regresado.

Ella nota que las piernas de David se mueven de manera incontrolable bajo la mesa, presionando sobre los talones. Conoce bien los modos inconscientes en los que su esposo manifiesta su ansiedad.

—Se necesitaría ser muy tonto, supongo. Sabes que no sé mucho de esto, pero asumo que con todo lo que Sally y tú han ido recopilando hasta ahora, y con el respaldo de Mark, quizá hasta podrían luchar por reabrir el caso de Amber, atrapar a Bob y encerrarlo.

David parte un pedazo de filete, ligeramente sangrante, como a él le gusta.

—¿Crees que Mark miente al respecto, Louise?

Ella niega con la cabeza. Le hace bastante gracia cuando su marido de pronto se pone a preguntarle cosas del trabajo como si ella fuese una suerte de consultora de la Policía.

—Creo que Mark les dijo hoy muchas cosas, sí, pero hasta donde entiendo, se las dijo muy borracho.

Louise ha terminado ya de comer. Saca el postre de la refrigeradora. Es una tarta fría de fresas. El semblante de David se congela también. De pronto se ha quedado callado. A Helen le encantaba ese pastel. Ella nota el cambio en el estado de ánimo de su marido por culpa de su repentino silencio.

—Ay, David. A los dos nos encanta esta tarta.

—A Helen también.

—Lo sé. Pero no podemos dejar de comer, de respirar, de ir a los lugares a los que tenemos que ir solo porque extrañamos a nuestra hija. ¿Crees que yo no la echo de menos? Ya hemos tenido antes esta conversación.

David concuerda con la cabeza.

—Solo por eso —dice— voy a comerme dos rebanadas. La mía y la que le tocaría a Helen.

—Esa es la actitud que me gusta.

—Ya sabes cómo me pongo cuando algo me recuerda a Helen; es solo que el tema de Amber y Alicia me ha potenciado esos recuerdos, ¿sabes? Tres hijas de Dunlap. Lo último que quiero es que Alicia tenga un final trágico también.

—No lo tendrá. Sally y tú van a encontrarla.

—Me desconcierta mucho la situación. Si Bob McRae ha vuelto a la ciudad, si de alguna forma está involucrado... no sé. Es que, sabes, nunca lo atrapamos y hay una parte de su plan que nunca entendí.

—Comprendo tu frustración, cariño. Pero tu prioridad debe ser la chica. ¿De qué sirve

desenredar la madeja si al extremo del hilo yace una chica sin vida?

David sopesa las palabras de su mujer. Tiene razón.

Louise sirve el postre. Al ver eso, David se levanta mecánicamente y recoge la mesa para solo dejar los platos pequeños sobre los manteles.

—Bob logró quedarse con las escrituras. Supongamos que todo le hubiera salido bien, que nunca hubiéramos descubierto que él y Wendy habían secuestrado a Amber. ¿Cómo pensaba Bob lucrar con los terrenos? Si los ponía a su nombre y los ponía a la venta, las posibilidades de que Mark se enterara de que ahora las escrituras estaban a nombre de Bob eran altas. Esas cosas se llegan a saber. Solo falta una llamada de un comprador o de un abogado, solo falta una verificación del registro de la propiedad, accidental o planeada.

—Me pregunto si la forma más sencilla en que Bob podía pedirle que entregara la titularidad de los terrenos que tenían sin que Mark supiera que él estaba involucrado era pedirle que los donara a un tercero, ya fuera una persona física o una persona jurídica —reflexiona Louise.

El detective se queda con una cucharada de tarta a medio camino entre el plato y su boca. Siempre lo ha sabido, su mujer es un genio.

—Necesito un momento —dice David, levantándose de la mesa y dejando a su mujer sola en el comedor.

—Dios mío, dame paciencia —pide Louise mientras prueba la tarta—. Siempre me queda bien, no cabe duda —se dice a sí misma.

Hensley se ha ido al pasillo. Su esposa lo ve desde la cocina. Ha sacado su celular, así que sabe que escuchará con claridad todo lo que él diga, incluso si intentase hacerse la desentendida. David se pone el aparato contra el oído.

—Hola, ¿tienes un segundo?

El policía queda en silencio un momento.

—Se me ha ocurrido... no, a Louise se le ha ocurrido —corrige David— algo que creo que podría ser esclarecedor. ¿Tenemos forma de averiguar cómo Nick Higgins obtuvo la propiedad de los terrenos que fueron de Mark McRae?

Una pausa.

—Me refiero a si los compró, los heredó o se los donaron.

De nuevo Hensley se queda en silencio. Su mujer no puede dejar de mirarlo. Se ha quedado enganchada con el relato y quiere saber qué curso tomará.

—Muy bien. Buenas noches, Sally. Te veo mañana.

Hensley cuelga.

—¿Y? —pregunta Louise.

—Lo sabremos mañana en cuanto abran los registros —dice David, regalando un guiño a Louise.

Capítulo 26

Esta noche, la Feria de los Tulipanes está viva. La gente se detiene frente a los juegos de destreza, se toma fotografías y hace largas filas para subir a los juegos mecánicos. En el corazón de la feria está una enorme noria, flanqueada por una montaña rusa que parece hacerle guardia. Las luces brillan y se apagan dibujando el perímetro de la rueda con distintos colores, iluminando los algodones de azúcar y los sombreros de broma.

Pero, de pronto, todo se apaga. Los visitantes varados en la cima de la enorme rueda de la fortuna gritan aterrados. Los viajeros de la montaña rusa, que apenas iban a despegar, quedan suspendidos a mitad del primer ascenso.

Sin embargo, tras unos pocos segundos, las luces vuelven a encenderse, la música comienza a sonar, y los gritos y abucheos del público se convierten en aplausos.

La delgada e intransigente Eloise Mann camina como endemoniada entre la gente, pero a todos les regala una sonrisa con todos los dientes. Lleva mucha prisa, pero no empuja a nadie. Para todos tiene un «buenas noches» o «espero que la estés pasando bien» perfectamente ensayados. Ella es la gerente del parque en turno esta noche. Y va en busca de Mark McRae, cuyo trabajo es mantenerlo encendido e iluminado sin ninguna excusa. Eloise necesita corroborar si lo que está funcionando es la planta de luz de emergencia o si el generador principal tuvo un desperfecto momentáneo. Porque si la planta de emergencia es lo que mantiene andando a la feria, el parque tendrá que cerrar temprano esta noche.

Eloise llega a la caravana de Mark, pero todo está apagado. Por la puerta entreabierta, se asoma. No hay nadie, nada más el desorden que revela que ahí vive un hombre solo. La gerente busca en las inmediaciones, puede ver que hay un par de botellas tiradas por ahí. El reporte que llenará no hará feliz a Mark, pero no le importa. ¿Cómo se le ocurre dejar su puesto en una noche de tanta afluencia? En realidad, McRae nunca le ha caído bien. Eloise da media vuelta para marcharse, pero no ha avanzado ni dos pasos cuando se va de bruces al suelo. Ha tropezado con algo.

—¡Maldición! —exclama al notar que se ha rasgado el codo de la chaqueta y que se ha raspado la piel. Se levanta y, en la oscuridad, busca con qué pudo tropezarse, tal vez una de las botellas de McRae. Pero no, a tientas, cree sentir un costal de arena, como los que usan para apuntalar los toldos de las tiendas de recuerdos. Lo empuja con el pie, es pesado. Y entonces se da cuenta de que en realidad hay un hombre tirado en el piso con el rostro ensangrentado. Parece molido a golpes. Toma su celular para llamar al 911, pero la curiosidad es más grande que la urgencia. Enciende la lámpara del teléfono y apunta.

Mark McRae está tendido en el lodo y, ante los ojos de la alarmada Eloise, parece no respirar.

Capítulo 27

Sally Lonsdale se acerca a Hensley. Él la ve avanzar por el pasillo y se prepara para lo peor. Sally acaba de hablar con el médico. David recién a llegado al nosocomio.

—Parece que Mark saldrá de esta, pero sigue sedado. No podremos hablar con él por el momento. Y aun si despierta, tendremos que esperar a que los médicos hagan una evaluación sobre los daños que podría haberle causado la golpiza.

—Diablos.

—Primero te golpean a ti, luego a Mark... y Bob estaría de regreso. ¿Coincidencia?

—No lo creo —dice el detective—. Si Bob está allá afuera, tenemos que encontrarlo, Sally. Pero con todo y que me apremia saber lo que Mark tiene que decir, más me apura encontrar a Alicia.

—Sobre eso, David... Revisé los registros esta mañana y, en efecto, Nick Higgins no compró ni heredó esos terrenos, se los donaron. Hace mucho tiempo.

—Y puedo apostarte a que la donación se efectuó en el mismo mes y año que la desaparición de Amber McRae.

—No voy a tomar esa apuesta porque perdería. Así fue exactamente.

—Mark tuvo que haberse dado cuenta, ¿cierto? Cuando el secuestrador, todavía anónimo, le pidió entregar las escrituras a través de una donación, tuvo que darle la instrucción de hacer el trámite a nombre de Nick Higgins —piensa David.

—Entiendo que crees lo mismo que yo: que ahora estamos partiendo del supuesto de que Nick Higgins fue el prestanombres de Bob para que Mark hiciera la donación. ¿No se dio cuenta de que le estaba donando a su propio primo?

—Eso nos lo tendrá que responder Mark a su debido tiempo —dice David.

—Cuando descubrimos que Wendy y Bob estaban tras el secuestro de su sobrina... cuando detuvimos a Wendy... cuando Bob se vio obligado a desaparecer, cosa que hizo muy bien, he de reconocer... ¿qué pasó por la cabeza de Nick?

David se encoge de hombros. Tiene tantas preguntas como Sally. Es más, tiene las mismas preguntas que ella.

—Lo cierto es que no intentó nada con los terrenos sino hasta ahora —añade la detective.

—¿Qué dices?

—Las tierras aparecieron en venta hace apenas unos seis meses. Lo encontré por accidente al investigar los detalles del propietario. Supongo que Nick pensó que Bob nunca volvería a aparecer. Es decir, después de tantos años, ya todos lo dábamos por muerto o escondido en Honduras. ¿Qué sé yo?

—De verdad necesitamos hablar con el señor Higgins, Sally.

—No creo que acepte recibirnos por las buenas.

—Hacerlo por las malas se me da bien.

* * *

Nick Higgins está podando el césped de la entrada. Los vecinos pasan y él los saluda cordialmente. Todos saben lo que él y su mujer están viviendo. Así que no pueden sino sentirse desconcertados por los «holas» y «buenos días» que Nick les regala. Jessica lo observa desde la ventana. Es como si la frustración y la rabia hubieran comenzado a rediseñarle el semblante. Cada línea del rostro es como una herida, de esas que solo sangran en el corazón.

Higgins está tan entregado a arrancar la hierba que ha crecido de más en su jardín que no se percata de la llegada de David Hensley y Sally Lonsdale hasta que tiene sus sombras sobre él. Nick se levanta.

—¿No fui claro la última vez?

—La última vez veníamos en son de paz. Solo queríamos hablar.

Al verlos llegar, Jessica sale de la casa. Se acerca al trío. Quiere saber qué está sucediendo. Nick y David intercambian miradas eléctricas, fulminantes.

—¿Y ahora qué quiere, detective?

—Tal vez deberíamos entrar.

—No lo creo. Ustedes dos ya se van —asegura Nick.

—Mejor nos dejas pasar, Higgins.

—No hablaré del secuestro de mi hija.

—Bien. Trato hecho. ¿Pero hablarías del secuestro de Amber McRae? ¿O de Bob y Wendy McRae?

A Nick se le bajan los colores al suelo. Ha quedado pálido como el papel. Las preguntas de David lo han descolocado.

—¿De qué hablan, Nick? —pregunta Jessica, retando a su esposo con la mirada.

—Podemos hablar de esto aquí afuera, o podemos entrar a la casa —sugiere Sally.

Nick no reacciona. Es Jessica quien toma el mando. Asiente con la cabeza y los invita a pasar, llevando a su esposo del brazo como un niño desvalido.

* * *

—No tengo idea.

Así de llana es la respuesta de Nick Higgins, sentado en un sillón de una sola plaza en la sala de su casa. Antes de que los detectives comenzaran a hablar con él, intentó enviarle un mensaje de texto a Olivia Shawn para que viniera a su casa de inmediato. No alcanzó a hacerlo. Jessica le arrebató el aparato.

—Entonces, ¿no sabes nada del paradero de Bob McRae?

—Miren, estoy tratando que el desgraciado me regrese a mi hija.

La revelación los deja a todos estupefactos. Todo este tiempo, Nick ha sabido el nombre y apellido del hombre que secuestró a su hija. David Hensley arde por dentro. Quiere estrellarle el puño en la cara, pero se contiene. Por el momento, Nick le sirve más sin la nariz rota.

—¿Has sabido que fue Bob desde el día en que Jessica denunció la desaparición de Alicia? —pregunta Sally.

Nick no contesta.

—No estás en posición de negociar —dice David con determinación.

—Sí.

Jessica cierra los ojos. Hunde el rostro y, por un momento, parece que va a soltarse a llorar.

Pero no. Vuelve a alzar la cara. Se le ve mucho más entera. De cierta forma, incluso parece liberada. Todavía es notoria su angustia, la desazón por no saber el paradero de su hija, pero al menos ahora tiene algo de claridad. Sabe quién tiene a Alicia. Y sabe que este es el fin de su matrimonio con Nick Higgins.

—Si nos hubieras dicho eso el primer día que estuviste aquí, hubiéramos reactivado el caso, cursar nuevas órdenes de detención —explica Lonsdale.

—Amenazó con matar a mi hija.

—Y pensaste que lo mejor era negociar con él —se lamenta Hensley, no sin algo de sarcasmo.

—No iba a arriesgarme.

—Tú mejor que nadie debería saber que Bob es una bala al aire. No puedes confiar en que cumplirá con su palabra y que regresará a Alicia con vida, incluso si logras negociar con él. Después de todo, fuiste testigo de primera mano la vez anterior, ¿no? Bob recibió lo que exigía, pero nunca regresó viva a Amber McRae —expone Hensley.

—¿De qué hablan? —dice una confundida Jessica, buscando la mirada de su marido.

—Yo no tuve nada que ver con eso.

—Amber McRae murió durante la misma negociación en la que tú recibiste la propiedad de un auténtico páramo a las afueras de Bar Harbor —señala el detective—. Un alma inocente por unas hectáreas. Y dices que no tuviste nada que ver con eso.

La paciencia de Hensley está por desbordarse. Lonsdale lo sabe.

—Pensé que le ayudaba a Bob a saldar un pleito entre hermanos, una batalla de herencias. Nada más.

—Recién pusiste el terreno a la venta, Nick. Hace apenas unos meses. Lo tuviste en tu poder todo este tiempo. Y nada.

—No era mío. Bob me dijo que su hermano nos donaría el terreno, que me pagaría generosamente si le prestaba mi nombre. Que su padre lo había traicionado en la herencia. Y vaya que yo sé de traiciones cuando se trata de tener un padre de apellido McRae. Pero Bob desapareció después de la transacción. Así que después de tantos años sin mover nada, viendo que la feria se instalaba ahí cada año libremente, pensé: «caray, eso es mío»...

Nick se detiene. Se da cuenta de lo que acaba de decir. Voltea a ver a su mujer, no ve en ella nada que la conecte más con él.

—Quise decir, «caray, eso es nuestro, de mi familia»... —corrige Nick—. Así que voy a hacer algo al respecto, tenemos que disfrutar lo propio.

—¿Nunca se te ocurrió buscar a Mark y regresarle lo que era suyo?

El rostro de Nick se enrojece. La confrontación con Hensley bien podría estallar en cualquier momento.

—Creo que esta visita terminó.

Lonsdale ve las manos de Hensley, apretadas con fuerza. Decide ponerse de pie.

—Te citaremos en la comisaría, Nick. Jessica, probablemente a ti también —dice Sally.

Jessica asiente con firmeza.

—Vamos a necesitar una declaración formal. Podemos encontrar a Alicia. Tienen que confiar en nosotros y descartar a Olivia Shawn. La persona con la que están negociando ya hizo esto antes. Y lo hizo muy mal, con resultados fatales —subraya la detective. Habla con seguridad, pero por dentro se siente corroída. Piensa en Amber McRae. Y en la urgencia por encontrar a Alicia para evitar que sufra la misma suerte.

Al verla de pie, Hensley la imita. Sabe que es hora de partir, de lo contrario, le romperá la

cara a Higgins, y eso convertirá a uno de sus villanos en víctima.

—Antes de irnos, una cosa más —dice Sally, quien se dirige a la puerta con Hensley y escoltada por Jessica, quien va a despedirlos—. ¿Toda la comunicación con Bob McRae ha sido telefónica?

—No —dice Nick, no sin antes meditar su respuesta. Ni siquiera mira a Lonsdale a los ojos—. Lo vi una vez en persona. Me dijo cara a cara que tenía a mi hija.

—¿En dónde te reuniste con él?

—En un bar de mala muerte en Tremont. El Sylvan Saloon, o algo por el estilo.

—¿Tremont? —exclama Sally.

—Estaremos en contacto —decreta Hensley desde el umbral.

Capítulo 28

Olivia Shawn tiene enfrente a los gemelos Cochran, sus inversionistas. Intenta explicarles el plan de negocios del próximo año y la increíble curva de ganancias que les dejaron los últimos doce meses. Lidiar; gestionar y resolver crímenes corporativos dejando de lado a las instituciones y a las leyes de los hombres es un negocio generoso.

Sin embargo, los Cochran están incómodos. Es evidente. No porque no les guste todo lo que Shawn tiene que decir, sino porque su teléfono no ha parado de sonar durante la conferencia. Olivia pudo silenciar su celular, pero el teléfono fijo sobre su escritorio es como un estridente grillo nocturno que no cesa su canción cuando la noche refresca. Le ordenó a la señora Wong que no le pasara ninguna llamada, pero tal parece que la anciana ya ha dejado de ser una empleada funcional. Es hora de jubilarla.

—Creo que necesitas tomar la llamada —dice uno de los gemelos. Olivia no puede distinguirlos, aunque no lo dice—. Parece importante —añade con un tono de reclamo. Los Cochran son los próximos dueños de Bar Harbor, según la prensa financiera local. Ambos desprecian toda atención que no esté dirigida a ellos. Olivia cede y contesta. Necesita callar ese teléfono.

—Le dije que no me pasara llamadas, señora Wong.

Olivia calla. Su silencio es profundo. Los Cochran nunca habían visto a Shawn aplazar tanto tiempo una decisión.

—Bien. Ponlo en la línea.

Olivia hace una seña a los gemelos para indicarles que esto no tomará más de un segundo. Pero ellos ya se ven impacientes.

—¿Qué sucede?

Olivia Shawn se da lentamente la vuelta hasta darles la espalda a sus socios capitalistas. Asiente de forma continua y lanza algún «ajá» esporádico. Hasta que dice:

—Es momento de actuar. En Olivia Shawn & Asociados no hay caso que no se cierre ni factura que no se cobre.

Por alguna razón, esa última sentencia hace que a los Cochran se les borre el ceño fruncido y lo cambien por una sonrisa aprobatoria.

* * *

El Sylvan Saloon abre desde temprano. Se trata de una cantina de muelle, pero que la expansión urbana ha devorado. Afuera todo es pavimento, solo por dentro quedan los resquicios decorativos que hacen pensar que quizá años atrás dio servicio a los navegantes de la zona. Las mesas están sucias, al igual que la barra. Hay telarañas en las esquinas, la rocola está hecha trizas, pero, sorprendentemente, aún funciona. En ella suena una canción trillada y añosa de Kenny Loggins. Si quieres un trago, debes pedirlo al cantinero. El lugar solo tiene una mesera, que además únicamente trabaja en el turno de noche, porque los más borrachos dan las mejores propinas. Los clientes aquí son problemáticos y no hay mujer —ni hombre— que quiera

emplearse ahí. Tras la barra está solo Rhett Sylvan, quien heredó este negocio de su padre, quien a su vez lo heredó de su padre. Los Sylvan están atrapados en su cantina porque ninguno de ellos ha sabido jamás hacer otra cosa. Nada más saben de servir tragos, repartir cervezas y sacar cuentas.

Sally y David han tomado desde hace un buen rato una mesa hundida en una de las esquinas más oscuras del bar. La humedad se respira y se mezcla al olfato con el olor de un limpiador de pino barato.

—Tengo ya dos horas calentando esta cerveza en mi mano, Hensley.

—Yo ya voy por la tercera.

—Por favor, no te vayas a emborrachar.

—Tenemos que mimetizarnos, Lonsdale. No quieres que nos veamos sospechosos, ¿o sí? ¿Y qué hace un cliente que entra a un bar? Beber.

—No sabes lo que daría por un negroni o un «cosmo». Odio la cerveza barata.

—Y aquí no tienen tus abominaciones artesanales con malta, arroz y chocolate. Pobre de ti — se burla Hensley. Lonsdale le responde con una mueca.

—¿Qué va a pasar si Bob no viene? ¿Qué tal si nunca se para por aquí, que solo lo usó para reunirse con Nick Higgins?

—Bob no es tan brillante. Es osado, sus planes tienen cierta audacia malformada que hace que sean difíciles de descifrar. Pero no es porque haya una planeación quirúrgica, sino porque son como una carretera empedrada. Por eso es por lo que nos ha costado tanto trabajo llegar hasta aquí.

—Sigo tu corazonada, compañero —ratifica Sally, quien por fin le ha dado el último trago a su cerveza—. Tengo que ir al baño.

—Si el bar se ve así, no quiero imaginarme los sanitarios.

—Gracias por la motivación —dice Sally, lamentándose desde ya.

Pero la detective no alcanza a llegar al baño. En vez de eso, regresa a su rincón oscuro del bar, con Hensley. La puerta del establecimiento, que parece de cantina del Viejo Oeste, se ha abierto de par en par. Ahí ha entrado una mujer sola. Es la mesera, lo saben porque lleva puesto un uniforme *ad hoc*. Pero no es cualquier mesera: es Tessa McRae.

La mujer se dirige directo a la barra. Charla un momento con Rhett, quien le pasa un bloc de notas y una pluma. Tessa mete su mano bajo la barra y saca un frasco de cristal que tiene pegado un letrero que dice «propinas para la mesera, gracias, cariño». Lo pone a la vista de todos.

—El primer día que vimos a Tessa llevaba este mismo uniforme, ¿lo recuerdas?

Sally asiente.

—Me di cuenta de que era mesera, pero no pensé que fuera la mesera de un bar como este — subraya Hensley.

—Estamos en Tremont, no tan lejos del muelle donde está anclado el yate en el que vive.

Hensley voltea a ver a Sally.

—Si te digo que hay un cambio de planes, ¿qué harías?

—Volvería a escuchar tu corazonada como tú has escuchado las mías.

Tessa pasa de largo a todos los clientes y se mete en una puerta que dice «Solo empleados». Los detectives intercambian miradas, saben que es momento de salir.

Capítulo 29

Sally Lonsdale y David Hensley están de vuelta en el muelle, junto al yate de Tessa McRae. El atardecer prácticamente se ha diluido para que la noche pueda adueñarse del cielo. La luz que queda es muy débil, pero todavía les quedan unos pocos minutos antes de que el sol se despida por el horizonte. Al final del muelle pueden ver la figura de un niño. Es Chris, subiendo y bajando de otro yate solitario y olvidado, el primero del embarcadero. Los detectives pueden darse cuenta de que esa es su forma de jugar, de distraerse del tedio cuando su madre se va a trabajar.

—Perdóname, David, pero te lo tengo que preguntar: ¿por qué el noventa por ciento de tus corazonadas incluyen allanamientos de morada e irrupción violenta a la propiedad ajena?

—¿Cómo voy a saberlo? Estas cosas simplemente me suceden. ¿Estás conmigo?

—Siempre —confirma Sally.

Ambos suben al yate y bajan a la zona donde están los tres pequeños camarotes. Hensley hace una inspección general y dice:

—Necesito cajones.

—¿Perdón?

—El plan es este, Lonsdale. Tú vas a deshacer lo que yo haga.

Sally está en verdad confundida. ¿De qué habla David? Hensley entra a un primer camarote y saca el primer cajón que se encuentra. Lo retira por completo del mueble, esculca en él, lo voltea de cabeza y luego pasa al siguiente cajón. Sally se queda de pie, sin entender lo que sucede. David voltea a verla.

—Anda, deshaz lo que estoy haciendo.

—De verdad, necesito más contexto.

—Yo desarmo los cajones y tiro todo. Tú los vuelves a armar y acomodar.

—Creo que no me gusta tu distribución del trabajo.

—Somos un equipo —dice David ofreciéndole el puño a Sally. Espera un choque de nudillos, pero Sally le pone los ojos en blanco y comienza a borrar el desorden que su compañero deja. Ellos nunca estuvieron ahí.

La revisión de los cuartos no dio resultado. Tampoco la revisión de la cocina. Así que ahora pasan a la bodega. La compuerta está sobre el piso del distribuidor que conecta las puertas de los tres camarotes. David Hensley la levanta. Abajo está oscuro, palpa los bordes. Encuentra un interruptor, pero al accionarlo, nada se enciende. Y hay algo más que le llama la atención, una especie de zumbido apagado que proviene de ahí abajo. David se echa la mano a la cintura, donde lleva el arma. Odia tener que hacerlo, pero nunca se sabe. Le hace una seña a Sally para que le cubra la espalda.

Hensley desciende por la frágil escalera que conduce al fondo del casco. La oscura bodega está compenetrada por una mezcla de humedad y sal. Eso no le sorprende. Pero, al bajar el último escalón y tocar fondo, algo llama la atención de David. El casco está levemente anegado. El agua le llega hasta el talón, al menos. Y el zumbido ahora es más notorio. David avanza, chapoteando con sus pasos precavidos. Al fondo, a la altura de la proa, cree ver una figura encogida, apoyada contra la pared. La luz que entra por la compuerta no le permite más que ver las formas de algo o alguien que parece estar echado, inmóvil. El zumbido también proviene de ahí. David se acerca

con precaución. Sally ha comenzado a descender. Hensley decide quitar la mano del arma y buscar su teléfono para encender la linterna frontal.

—¿Hola? ¿Hay alguien aquí? —pregunta con suavidad. No obtiene respuesta.

Al fin los dedos torpes de Hensley consiguen encender la linterna, que de golpe ilumina la zona de la bodega que da hacia la popa. Los dos detectives pegan un salto atrás. La silueta tiene un recubrimiento plástico anaranjado. Es un viejo bote salvavidas, arrumbado y sin aire. El inflable está recargado en un pequeño motor. Es la bomba del extractor de la bodega. El detective se acerca y le pega una patada. La bomba comienza con su repiqueteo y, de inmediato, comienza a sacar el excedente de agua.

—Creo que hemos revisado todo, David.

—No es así, Sally —le responde saliendo de la bodega y soltando la compuerta para que cierre de un golpe—. Nos falta la cabina del capitán, que está justo sobre nosotros.

—¿Te digo algo? —confiesa Sally—. Cuando era estudiante, viví en un apartamento más pequeño que este yate. Y mira que siento que los espacios son reducidos.

Hensley y Lonsdale llegan a la cabina. Sobre el volante, a la altura de la cabeza de David, hay una suerte de guantera.

—Bien, esta es nuestra última oportunidad.

—Si tan solo me dijeras qué estás buscando, Hensley.

—Es una sorpresa.

Tira de una manivela y el compartimento horizontal se abre. Es angosto, apenas si cabe la mano del detective. Pero también es profundo, pues consigue meter el brazo casi hasta el codo. Tantea un poco y saca un sobre de plástico, de esos que sellan con un pasador de goma. Hensley lo abre y comienza a hojearlo hasta que se detiene en un documento.

—¡Lo tengo! —exclama victorioso.

Sally se acerca. Él le muestra lo que estaba buscando. Son las escrituras del yate. El viejo y destartalado yate donde vive Tessa con su hijo está a nombre de Bob McRae. Y también todas sus letras vencidas desde hace años.

Capítulo 30

Hensley estaciona justo frente al Sylvan Saloon. En su primera visita, dejaron el automóvil algunas cuadras atrás. Ahora que lo pensaba bien, esa era una precaución inútil.

—¿Qué vamos a hacer, Hensley? No podemos abordar a Tessa y decirle «eh, entramos a tu casa y revisamos tus cosas».

—Lo sé. Y aparecernos y gritar «qué coincidencia, no me imaginé que trabajaras aquí, solo vinimos hasta Tremont por un trago» será raro.

—Además, aquí no tenemos jurisprudencia.

—Pero eso Tessa no lo sabe. Además, creo saber qué carta usar.

David y Sally se disponen a apearse cuando un vehículo se estaciona frente a la cantina. Parece ser un servicio de taxi ejecutivo. Y uno muy caro. De él se baja Olivia Shawn.

—David...

—La veo. No voy a tragarme el cuento de que solo vino hasta acá por un trago.

Shawn entra al local. Los detectives esperan un par de minutos, acto seguido se apean y avanzan decididos. Olivia Shawn y Tessa McRae en un mismo lugar. A veces la vida te da regalos.

Hensley y Lonsdale entran. El cantinero los ve y no puede evitar saludarlos.

—¿Tan pronto de regreso?

Los detectives le regalan una sonrisa. Solo esperan que su alboroto no haya alertado a Tessa y Shawn de su presencia. De inmediato detectan a la exesposa de Mark McRae. Está dejando unas cervezas en una mesa alargada llena de comensales ebrios. Tessa les da la espalda, pero saben que es ella por el peculiar uniforme de mesera.

Lo extraño es que no ven a Olivia Shawn por ningún lado. Los detectives realizan un rápido intercambio de miradas. Sally se desliza al baño de mujeres sin que Tessa la note. Va a verificar si Olivia está ahí. David, por el contrario, se acerca con lentitud a Tessa, distraída con la clientela. Espera hasta estar justo detrás de ella.

—Buenas noches, Tessa.

La mujer reconoce la voz de inmediato. Se da la vuelta para hacerle frente al detective. Su rostro se desdibuja en un gran signo de interrogación. Se nota que quiere saber cómo es que Hensley dio con su lugar de trabajo. David se dispone a hablar, pero la charola de Tessa le cierra la boca. La mesera empuja el trasto contra su cara. Las botellas vacías que caen al piso hacen un escándalo. Tessa sale corriendo hasta el fondo del establecimiento y abre una puerta que da hacia el callejón trasero. Hensley se dispone a seguirla, cuando la clientela se pone de pie para cerrarle el paso y proteger a la damisela en desgracia. Pero Hensley, con una velocidad inédita, desenfunda el revólver y levanta la placa sobre su cabeza.

—¡Policía!

La sola palabra congela a todos los parroquianos. Seguro que más de alguno ha tenido su propia historia con las figuras de la ley. Hensley retoma su carrera. Su grito no solo ha servido para impedir los obstáculos, también ha alertado a Sally, que le sigue de cerca. Al salir, Hensley puede ver a Tessa correr por el callejón. Los tacones dificultan que pueda huir con agilidad.

A mitad del callejón hay dos personas, que fueron alertadas por el alboroto. Son Olivia Shawn

y un hombre corpulento con un tatuaje en el cuello. A Hensley le cuesta unos segundos reconocerlo. Es Bob McRae.

—Qué gusto verlo de nuevo, detective —le dice sacando un arma de su chaqueta—. Quisiera tener una pala a la mano para terminar lo que empecé el otro día, pero un revólver tendrá que servir.

Las dos mujeres se ponen detrás de él. Pero David y Sally también lo apuntan. David se encuentra en la peor de las situaciones. Afortunadamente, tiene a Lonsdale a su lado.

—Tienes las de perder aquí, Bob. Somos dos contra uno. Baja el arma —dice el detective.

Bob sostiene su pistola con firmeza. Mira hacia Hensley y hacia Lonsdale. Solo puede derribar a uno, pues sabe que el otro disparará a muerte en cuanto se escuche la detonación. Bob levanta las manos.

—Bien, voy a dejar el arma en el piso. No disparen.

—¡Lentamente, McRae! —advierte Lonsdale, que mira al resucitado Bob y su antigua colega, Olivia. No se explica qué hace allí. Tessa está detrás de Bob, aterrada.

Baja el arma despacio, pero a la altura de su cintura se gira para tomar a Olivia y ponerla como escudo.

—¡Señor McRae, ¿qué hace?! —exclama Olivia. La situación la ha tomado totalmente desprevenida.

—¡Suéltala! —grita Sally.

—Oh, detective Lonsdale —dice y ríe Bob—, eso es lo que pienso hacer.

McRae empuña su revólver hacia el piso y le dispara a Shawn en el pie. La mujer lanza un grito desgarrador. Sally pega carrera hacia ella. Bob aprovecha la situación para huir por el callejón con Tessa.

—¡Alto! —grita Hensley, pero no logra su cometido.

El detective pega carrera tras de ellos. Al entrar a la calle, ve a Tessa y Bob abordar un Lexus viejo y maltratado. Hensley se detiene a mitad de la calle y dispara al neumático. Falla por nada. Escucha cómo McRae pisa el pedal a fondo. En la efervescencia de la huida, Bob se vuela el alto del semáforo.

El Lexus es investido por una camioneta de carga, justo del lado del copiloto. Dentro del automóvil, Tessa escucha un crujido. Siente que el automóvil se vuelve de papel y comienza a arrugarse en torno a ella. En medio del desastre, quiere encontrar la mirada de Bob, pero el mundo se le oscurece en un segundo.

Hensley se queda frío a mitad de la calle. El auto ha quedado irreconocible. Sally aparece tras de David, sirviendo a Olivia como bastón y con el teléfono en la oreja, está pidiendo refuerzos y ambulancias. David avanza, pero sin soltar el arma. Se ha levantado una humareda en torno al percance. Se sacude un poco el humo de la cara y puede ver a Tessa, inconsciente. Le parece que aún respira, pero ha quedado en muy mal estado, retorcida entre fierros y sobre un asiento amorfo. Ahora mira a Bob, también anulado, pero menos magullado. David voltea a ver a Sally.

—La ayuda viene en camino —dice Lonsdale.

Ese instante de distracción es suficiente para que David sienta un golpe súbito que lo desequilibra y lo hace caer al suelo. Bob ha empujado con fuerza la puerta del Lexus para golpear a Hensley, quien en su caída ha soltado el arma, que se ha deslizado a unos metros de él. Bob tiene el pantalón empapado de sangre y renguea un poco. Se sabe maltrecho, así que no intenta huir, se abalanza sobre el arma de David. El policía lo nota y hace lo mismo, como dos perros sobre el pavimento luchando por un único hueso. Bob echa sus dedos sobre el arma, pero David lo golpea

en la espalda. Bob se gira y le mete un tremendo puñetazo en la cara a Hensley, quien, sin inmutarse, no deja de luchar por la pistola.

Sally ha dejado a Olivia junto a la cabina de un viejo teléfono público y ha desenfundado su arma. Incluso alguien tan certera como ella tiene problemas dada la situación. David y Bob se mueven como locos y, entre el humo que se va disipando, son como fieras incontrolables. Sally avanza con determinación, pero sigue sin tener un blanco claro, una línea directa a las piernas o los brazos de Bob. Incluso en el caos, sabe que no lo quiere matar, quiere que ese hombre pague.

Hensley consigue hacerse con el arma dentro de la batalla. Apunta para amedrentar a Bob. Está seguro de que tener un cañón en la cara hará que McRae se doblegue. Pero no es así, la adrenalina lo ha poseído. Va directo por el arma de David y la empuña por el cañón. David mantiene firme su dedo en el gatillo.

Parecen ahora fundidos en un abrazo violento.

—¡Basta, Bob! ¡Se acabó! —grita Sally, que gira en torno a ellos a una distancia prudente. Maldice por dentro, está tan frustrada por no tener una vista limpia de Bob que podría soltar el disparo en cualquier momento. Él no le presta atención.

Pero solo basta un instante y dos detonaciones seguidas para que regrese el silencio.

Capítulo 31

El sol prácticamente se ha puesto. En el horizonte solo queda una línea amarilla que se va degradando hacia el cielo en naranja, rosa, rojo, púrpura y azul. Lonsdale se ha quedado en la escena para charlar con el alguacil de Tremont y cerciorarse de que las ambulancias recojan a Olivia y Tessa, esta última, tan malherida que se imagina lo peor. También para darle seguimiento al trabajo del servicio forense, que tendrá que levantar el cuerpo de Bob. David ha dejado la escena porque recordó un asunto pendiente: el pequeño Chris McRae está solo en el muelle.

David avanza por el embarcadero y recapitula los hechos. Todo pasó tan rápido. Su dedo sobre el gatillo. Bob luchando por quitarle el arma. Y luego el disparo de su propia arma, clavándole una bala a su atacante en las entrañas. Está seguro de que él no fue quien jaló el gatillo. Bob, en su intento por matarlo, se hizo eso a sí mismo. La segunda detonación vino de la puntería sagrada de Lonsdale, quien logró acertar un segundo tiro a Bob en un brazo.

Hensley se monta de nuevo al yate donde el niño vive con su madre, pero no lo ve ahí. Ha tomado una camisa de repuesto que lleva en la guantera y se ha quitado el abrigo ensangrentado. Se ha limpiado en el vehículo el rostro y las manos tan bien como ha podido. Así que ahora solo tiene manchas de sangre en los pantalones y varias gotas camufladas en los zapatos. Solo al pararse en la proa nota que el chico sigue en el último yate del muelle, sentado en la cubierta. Parece hipnotizado por el hermoso atardecer.

David se acerca lento. No quiere asustar al pequeño. Ya piensa en lo que tendrá que decirle para que venga con él. Hensley llega al yate y comienza a subir. Chris voltea.

—Eres el policía.

—Sí, me llamo David.

—Yo soy Chris.

—Lo sé, conozco a tu papá y a tu mamá desde hace muchos años. Y a ti también, aunque eras muy pequeño. Tal vez no me recuerdas.

—¿Le disparaste a un malo? —pregunta el chico mirando los pantalones del detective.

—Puede ser.

—¿Dónde está mi mamá?

—Necesito que vengas conmigo. Podemos pasar a ver primero a tu papá. ¿Sabías que está en el hospital?

Los ojos de Chris se desorbitan.

—¿Se está tomando su medicina? —pregunta con algo de inquietud.

David asiente con la cabeza. Recuerda aquella vez que Louise terminó en el hospital por una intoxicación por mariscos y tuvo que pasar por Helen a la escuela. La niña se asustó al ver a su padre a la salida del colegio en lugar de a su madre. David pensó que, al decirle lo que había pasado, Helen se soltaría a llorar. Pero no. Hensley tiene que reconocer que hay algo en él que los niños encuentran tranquilizador. Cuando los criminales ven un monstruo imponente, los pequeños ven tal vez un protector.

—Sí, se está tomando su medicina, va a estar bien. Pero necesito estar seguro de que se la está tomando, porque es un cabezota.

—Vamos, te llevo con él.

—Y después con mamá.

Hensley mide sus palabras antes de responder.

—Sí, supongo que después podríamos intentar con mamá.

David le tiende la mano a Chris. La toma y se ponen de pie. David comienza a descender del yate, bastante más pequeño que el de Bob McRae, cuando Chris lo detiene.

—Disculpe, señor policía.

—¿Qué pasa, Chris?

—¿A ella vamos a dejarla aquí? Se va a quedar muy sola.

David mira a su alrededor. No hay nadie más a la vista.

—¿A quién te refieres, Chris?

—A la chica que mi mamá estaba cuidando dentro de aquel barco. —Señala el niño a una pequeña embarcación en el muelle.

Capítulo 32

—¿Por qué trabajas en la feria, Mark?

David Hensley está parado frente a la cama de hospital donde Mark yace postrado temporalmente. Tiene en la mano el control remoto que sube, baja y dobla la cama. Lo examina, pero no presiona ningún botón.

—Cuidado con eso, Hensley.

El detective suelta el mando. Es obvio que espera una respuesta a su pregunta. En el rostro de Mark se dibuja una sonrisa chueca.

—Porque de esa forma puedo caminar en lo que es mío, las tierras que son mías, que me quitaron. Nunca podré recuperar a Amber, pero al menos podré andar sobre el suelo que le pertenece a mi apellido y que mi hermano hizo que perdiéramos.

—Aún hay algo que no entiendo. ¿No sabías que Nick Higgins era tu primo? ¿No sospechaste al hacer la donación?

—Yo sabía de Nicholas McRae. A través de nuestra madre, Bob y yo escuchábamos las historias de los amores y la prole de mi tío Chester. Eran historias de comedor. No sabía sobre Nick Higgins. Pero, por lo visto, Bob sí. A mí nunca me interesaron los chismes de familia, menos aun de una familia a la que no frecuentaba nunca, pero la cochinado ajena siempre fue del gusto de Bob. Supongo que eso le ayudaba a evadirse del campo minado que era su vida.

—Y, sin embargo, cuando te mencioné su nombre en el auto, te desmoronaste.

—Hace unos meses, cuando la feria empezó a enviar los pedazos de las atracciones para el montaje de este año, fui a la vieja estación ferroviaria a recoger un embarque. Y ahí lo vi: un letrero de «Se vende». Me tomó un par de semanas, igual que a ustedes, saber quién era el nuevo dueño. Hurgué y hurgué, lo confieso, hasta que di con la verdad.

Sally exhala.

—Mark..., la vida de una chica estaba en juego. ¿Por qué no cooperaste con nosotros desde el principio?

Pero Mark quita la mirada de Sally. Le responde, aunque mirando fijamente a David.

—Tú conoces bien al detective, ¿cierto? Qué hace David cuando algo o alguien le habla de o le recuerda a su hija.

El detective agacha la cabeza. Sally sabe la respuesta. David levanta sin excepción una muralla. Se vuelve impenetrable, inalcanzable e inexplicable en sus modos y en su lenguaje.

—Nunca voy a sanar, detectives.

David cree no tener nada que decir ante ese comentario, pero, tras pensarlo un instante, decide hablar:

—Yo me repito eso todos los días. Aunque el trabajo, mi mujer, mi compañera —dice señalando a Lonsdale— y la ciudad me dicen que estoy equivocado. Mi consejo es que te busques una vida completa, Mark. Nunca olvidarás a Amber, nunca. Pero al menos tendrás un punto de apoyo para levantarte cada vez que la memoria quiera martillarte.

Mark mira por la ventana de la habitación. La cortina está abierta de par en par. El cielo está despejado. Baja la mirada y ve al pequeño Chris, dormido en el sillón de visitas.

—No puedo esperar a que me den de alta —dice Mark.

* * *

Olivia Shawn está en una silla de ruedas. Ella insistió en no salir del hospital usando una, pero no se lo permitieron. El protocolo médico es así. Cuando terminó la Academia de Policía, cuando compartió patrullajes con Sally Lonsdale en sus años mozos, siempre se imaginó cómo sería recibir un disparo. Hoy tiene consigo una herida de guerra.

El enfermero empuja a Olivia hasta la puerta corrediza del hospital, que se abre automáticamente. No hay nadie esperándola.

—Aquí está bien —le dice al enfermero mientras saca su celular del bolso—. Pediré un taxi.

En ese momento, un automóvil se detiene justo frente a ella. El cristal del lado del piloto baja. Reconoce el rostro de inmediato. Es Sally Lonsdale.

—¿Necesitas que te lleve?

—Supongo que estoy arrestada —dice Olivia.

—¿Por asociación delictiva? Todavía no llegamos a ese punto. Viéndote desde donde te veo, puedo decir que sí necesitas dos cosas: primero, subir a mi auto para que te lleve a casa; segundo, buscar un abogado.

Olivia Shawn asiente.

—Nunca volveremos a ser amigas, Olivia. Me queda claro. No respeto el camino que decidiste seguir; tú crees que soy una tonta por creer en la justicia pública. Las cosas son así. Pero eso no significa que no pueda echarle una mano, al menos hasta el ascensor de tu apartamento. ¿Tú aceptarías ayuda si la necesitas? Porque la ayuda la tienes enfrente. Ahora todo depende de ti.

* * *

—Ustedes, detectives, siempre van un paso atrás en lo que respecta a nosotros.

Tessa McRae lleva un cabestrillo en el brazo izquierdo. También al menos cuatro puntadas en la frente y un hematoma en el pómulos. Su cabello es mucho más corto. No lleva su traje de mesera, sino un uniforme color caqui. Sus manos están esposadas. McRae mira a Sally Lonsdale y David Hensley, que están sentados frente a ella en una sala de interrogatorios en la prisión de baja seguridad de Bar Harbor, en espera de un juicio. Para Hensley, Tessa podría haberse comprado un boleto sin escalas al penal estatal de Riverbend.

—Encontramos a Alicia Higgins en un pequeño yate cerca del tuyo, atada bajo cubierta, empapada, al borde de la hipotermia —le dice el detective.

Tessa se ve desilusionada.

—¿No murió? —pregunta.

—Sobrevivió de milagro. Pero en pocos días podrá regresar a casa, con su madre.

—La idea era dejarla morir, ahogada. O que el frío la matara. Una hija por una hija.

Sally y David intercambian miradas.

—Acabas de sellar tu destino con esa confesión, Tessa. Este es un interrogatorio oficial —aclara Lonsdale.

—No me importa.

—Tessa, ¿qué hacías con Bob McRae? Ese hombre secuestró a tu hija y fue responsable de su

muerte. Con su ambición, con su plan para destruir a tu esposo y, de paso, a ti y a tu familia, le quitó la vida a Amber. ¿Y tú lo estabas ayudando?

Tessa suelta una carcajada.

—Como les digo: van un paso atrás de los McRae.

—Ayúdanos a ir al parejo. Todo lo que nos digas sobre Bob y su plan puede ser un paliativo para tu sentencia.

—¿De verdad creen que Bob lo planeó todo? Es más... ¿de verdad creen que el idiota de Bob McRae y su «brillante» esposa planearon el secuestro de mi hija tantos años atrás? Sí, Bob fue el autor material, el peón perfecto. Pero el crimen de mi Amber tenía otro nombre y apellido. El mismo que ayudó a Bob a desaparecer. El que le prometió quitarle a su hermano las escrituras para coronarlo a él como legítimo rey. El mismo que no cumplió. Nicholas McRae. O Nick Higgins, como lo conocen hoy.

—Entonces, Nick no fue un cómplice accidental de Bob. ¿Dices que fue al revés?

—Fue Nick quien buscó a Bob cuando se enteró de que él y Mark habían heredado las tierras de la periferia. Quería proponerles un negocio, originalmente, pero se encontró con un Bob rabioso y resentido, dispuesto a cualquier cosa para arrebatarle todo a Mark. No podía aceptar que Mark hubiera quedado con el control total. No podía aceptar que Mark tenía el poder, que Mark decidiera lo que él creía que era mejor.

—Y Nick vio una ventana de oportunidad —asevera Hensley.

—Él fue utilizado. Cuando detuvieron a Wendy, Bob tuvo que escapar. Nick lo ayudó a hacerlo. Dijo que le avisaría cuando las aguas se calmaran, pero nunca lo hizo. Entonces se hartó. Salió de su madriguera y se presentó ante Nick. Ahí fue que Higgins decidió vender por fin las tierras, convertirlas en dinero líquido y desaparecer con su familia —relata Tessa.

—¿Cómo encajas tú en esto?

Ella duda.

—Mira a tu alrededor, Tessa. Ya perdiste. Cierra tu historia y busca el mejor final posible para ti. Piensa en tu hijo.

La mujer se estremece.

—Una madrugada, al salir del bar de Sylvan, Bob me interceptó. Había estado siguiéndome por días. Dijo que sabía que estaba viviendo en su viejo yate, que no tenía problemas con eso. Al verlo, quise matarlo. Hasta ese momento, yo sabía lo mismo que ustedes. El asesino de mi hija, el hombre que nos hundió en la desgracia financiera, estaba frente a mí. El maldito egoísta que odiaba a su generoso hermano solo por haber sido favorecido por un padre que nunca estuvo presente, para ninguno de los dos, que quiso comprar su paz en el umbral de la muerte con una herencia que nos maldijo.

—Sigo sin entender —dice David—, ¿qué fue lo que te hizo aliarte con Bob?

—Él tenía un plan. Un plan tonto que yo podía convertir en un plan viable. Y casi lo logramos. Si Nick había urdido el plan para secuestrar a mi Amber, nosotros secuestraríamos a su Alicia y lo forzaríamos a regresarnos las escrituras de la misma forma que nos las quitó.

—¿Así te comprometiste? —pregunta David con incredulidad.

—Bob me ofreció la oportunidad para vengarme del hombre que ideó la muerte de mi hija y de recuperar la riqueza que estaba destinada para mí. Por supuesto que me comprometí.

—Pero Nick trajo una negociadora, una intermediaria entre él y ustedes. Olivia Shawn. Y eso empezó a alargar las cosas —estima Hensley.

—Así fue. En su momento no me di cuenta, pero Nick estaba haciendo tiempo para encontrar

una forma de recuperar a su hija sin perder las escrituras —explica Tessa—. Pero aparecieron ustedes dos. Siempre ustedes. Presionando. Avanzando. Descubriendo cosas. Acortando los relojes de arena de los dos bandos. Acorralándonos. Lo que les conté sobre las rencillas entre los McRae... yo esperaba que los hiciera ver hacia Mark, que se distrajeran con él, que lo siguieran como a un sospechoso.

—Pero Bob aporreó a Mark. Lo sacó del tablero.

—Sí, por celos. Mark empezó a buscarme, a preguntarme quién era el hombre con el que estaba saliendo. No tenía idea —aclara Tessa—. Bob se estaba engancho conmigo.

—¿Qué hacía Olivia Shawn en el callejón con Bob? —pregunta Sally.

—Le estaba entregando un nuevo acuerdo. El cincuenta por ciento del total de la venta. En realidad, nosotros queríamos recuperarlo todo, pero con ustedes tan cerca, pensamos en cerrar el trato así. Nick nos conseguiría la mitad del valor total de los terrenos y nos lo depositaría en una cuenta que yo iba a abrir a nombre de Chris. En mi cabeza, todo funcionaba bien.

—Le apostaste al caballo perdedor —dice David.

—Ya veremos. Este es mi primer día fuera de la cama desde el accidente. Ustedes son mis primeros visitantes. Por la tarde tengo cita con un abogado de oficio. Ya veremos.

—Eso es seguro, probablemente nos veremos en la corte. Los tres.

—¿Y Bob? ¿A dónde se llevaron a Bob? No me dejarán hablar con él, ¿verdad? Quisiera hacerlo antes del juicio.

Sally mira a David y asiente. Hensley toma la palabra.

—Estás sola en esto, Tessa. Bob murió...

El cuerpo de Tessa se queda rígido, pero su mirada muestra que está derrumbándose.

—Pero no te preocupes. No serás juzgada por sus crímenes. Solo por los tuyos, y con eso basta.

Traga saliva y se recompone tanto como puede.

—Nos vemos en la corte, supongo.

Sally y David se dirigen a la puerta. Pero Lonsdale se detiene y vuelve unos pasos.

—Ese es un lindo color —dice la detective señalando las uñas de Tessa—. Yo antes me pintaba las uñas, pero hace años que dejé de hacerlo. No se puede con este trabajo.

Tessa la mira desconcertada. David se da cuenta de lo que Lonsdale está haciendo y murmura:

—«Hija por hija», la inscripción en esmalte rojo de la taquilla de Dunlap...

Tessa cierra los ojos.

—En efecto, nos veremos en la corte —sentencia Lonsdale.

* * *

—Desapareció —dice Jessica Higgins con furia mientras observa a través de un cristal como una enfermera le ayuda a comer a Alicia—. Desapareció así nada más. Ya se los había dicho. Primero pensé que era una bendición, pero no, no quiero que desaparezca. Quiero que lo encuentren. Que lo encierren por lo que le hizo a aquella chica, por lo que nos hizo pasar a Alicia y a mí. De verdad no sé dónde está.

—Lo sabemos, Jessica —aclara Sally—, no estamos aquí para interrogarte de nuevo sobre el paradero de Nick. Todo lo contrario.

Jessica mira a los detectives con asombro.

—¿Qué ha pasado?

—Lo que sabíamos, gracias a ti, es que Nick había salido de casa con una maleta deportiva y su ropa del gimnasio, pero no regresó. Lo extraño es que también faltaba su pasaporte, sus tarjetas de crédito y una buena cantidad de efectivo en la cuenta familiar —dice Sally.

—Enviamos una alerta a la Interpol a nombre de Nicholas McRae, o Nick Higgins, buscado por secuestro, asesinato involuntario, fraude, obstrucción de la justicia... un mosaico criminal —añade Hensley.

—¿Y?

El detective toma a Jessica gentilmente del hombro. La sienta en una banca cercana.

—Detuvieron a Nick hace unas horas en el Aeropuerto Madrid-Barajas, en España. La extradición se ha puesto en marcha. Nick volverá al país a ser juzgado por sus crímenes —detalla.

—Pasará un largo tiempo en prisión —dice Sally—. Hasta podrás ir a visitarlo.

Jessica ríe. Ha entendido la broma. Solo entonces se da cuenta de que el infierno ha terminado. Su cuerpo se siente ligero. Su rostro puede volver a sonreír. El agobio que llevaba como un lastre se ha evaporado.

—Muchas gracias, detectives.

—¿Cuánto le has contado a Alicia?

—No mucho. Pero le diré toda la verdad, sin velos ni maquillajes. Será duro, lo sé. La llevaré a que trabaje el tema con algún terapeuta, creo que podré convencerla de hacerlo.

—La vida nos marca de formas terribles, Jessica —dice David con empatía.

—Sí, la vida nos marca. ¿Y qué vamos a hacer después? ¿Derrumbarnos o ponernos de pie?

David Hensley y Sally Lonsdale se levantan. Jessica les da un abrazo de despedida, eso los coge con la guardia baja. Caminan hacia el ascensor sin decir nada. Después de todo, ambos se sienten bien. Las puertas del elevador se abren y encuentran ahí a Jimmy Sampedro, con un ramo de flores. El chico se congela al ver al imponente Hensley entrar al ascensor. Jimmy no se mueve, así que el detective lo saca de un empujón. Sally le pone la mano en el hombro.

—Ve por Alicia.

Capítulo 33

Mark McRae está sentado en el techo de su casa rodante. Junto con él está Chris, comiendo rosetas de maíz de microondas. Mark toma una cerveza. Desde ahí ven a decenas de trabajadores desmontando la noria, el Laberinto de los Espejos y los juegos de destreza. La Fiesta de los Tulipanes ha terminado. La feria se va hasta el próximo año.

Mark observa el enorme terreno que el parque dejará vacío. Y ve más allá. Tras la extradición de Nick Higgins, su juicio y su condena, es posible que pueda recuperar lo que su padre le dejó. Ya lo ha hablado con una abogada.

—Voy a extrañar el carrusel.

—Ya volverá.

—Lo voy a extrañar como extraño a mamá.

Mark mira a su hijo con ternura. Justo ayer recibió una llamada desde la prisión. Tessa le pide que vaya a verla. Que tiene que hablar con él. Que le tiene que explicar. Mark no se siente preparado. Pero sabe que no se trata de estar preparado, sino de afrontar la verdad en el momento que se presenta ante uno. La mujer que amó está en prisión. Su hermano está muerto. Su hija no volverá. Ya basta de rehuirle a los tremendos maremotos que han anegado su vida. Ahora él decide cuándo montar la ola.

—¿Cuándo va a regresar? —insiste el pequeño.

—¿Eres un niño grande?

—Sí.

—Tu madre hizo algo malo. Y cuando te portas mal, hay consecuencias.

—Eso lo sé, pero no entiendo por qué no vuelve para que le demos un regaño por portarse mal.

—Voy a contarte todo, te lo prometo. Si te portas bien esta noche, tal vez te lo cuente mañana, pero tendrás que ser valiente.

—¿Es una historia de sustos?

—No, es más bien una historia de policías y criminales.

—Yo prefiero las historias de superhéroes.

—¿En serio?

Chris asiente con un movimiento de cabeza exagerado.

—¿Y cuál superpoder quisieras tener? —pregunta Mark.

—Volar.

Abraza a su hijo con mucha fuerza. El niño le regresa el abrazo.

—No te preocupes, mi amor. Yo me voy a encargar de que puedas volar.

* * *

Para hacer las paces con el presente, a veces hay que visitar los lugares del pasado.

David Hensley está parado frente a la vitrina de trofeos de la secundaria Dunlap una vez más. Observa la foto del campeonato de vóleybol donde Helen alza el trofeo. Se ve tan plena. Es una instantánea de felicidad. David recuerda su euforia desde las gradas. Recuerda la risa de Louise

al verlo tan absorbido por el partido. Recuerda el sonido seco y contundente que hacía la pelota cada vez que su hija servía un saque, detenía un mate o colocaba un pase. Recuerda que, al final del juego interestatal, David sentía que su hija había ganado la copa del mundo.

La claridad de ese recuerdo le resulta sobrecogedora. Hacía tiempo que no se permitía recordar a Helen con libertad total, dejando volar la memoria sin ninguna restricción.

—Una orgullosa hija de Dunlap —dice una voz a sus espaldas. David no tiene que voltear para saber que se trata de Henrietta Romero—. Y, también, una orgullosa hija de su país. Vivió y murió con honor, David. Vivió y murió con el ejemplo de dos padres maravillosos. Louise y tú deberían abrazar eso. Y al decir esto, me refiero a ti principalmente.

—La hija de Dunlap. La hija de Hensley —dice el detective.

—No pienses más en todo lo que no pudo hacer en el tiempo que le fue arrebatado. Los días de atormentarte así han pasado. Es la hora de pensar en todo lo que hizo en el tiempo que sí tuvo, que no fue poca cosa.

—Te entiendo.

Hensley quisiera llorar, pero jamás lo hará. No frente a la inmortal Henrietta Romero, que bien podría contarle a futuras generaciones de alumnos sobre el padre de familia que un día soltó las lágrimas en los pasillos de la escuela viendo una foto de su hija.

—¿Sabías que hoy regresó a clases Alicia Higgins? —pregunta Henrietta, cambiando el tema.

—No, no lo sabía.

—Sí, debe estar ahora en su clase de Química. ¿Quieres que vayamos a echar un ojo?

—Es mejor dejarla tranquila, que pueda recuperar su normalidad.

—Estoy de acuerdo.

—¿Todavía pensará en ir a Berkeley al graduarse? —pregunta David.

—No creo que haya cambiado de idea, a pesar de todo.

—De verdad, Henrietta. Tienes que advertirle. Berkeley es un infierno.

—¿Por qué lo dices, detective?

—Tal vez algún día te lo contaré —responde David con una sonrisa—. Ahora mismo lo que quisiera es ir a tu oficina, Henrietta. ¿Crees que podríamos buscar en tus álbumes y cajones más fotos de Helen?

—Eso me encantará, detective —dice Romero emocionada—. ¿Sin lágrimas?

—Sin lágrimas.

Notas del autor

La mejor recompensa para mí como escritor es que tú, estimado lector, hayas disfrutado de la lectura de esta novela. La mejor ayuda que como lector me puedes ofrecer es brindarme tu opinión honesta acerca de ella.

Para mí es sumamente importante tu opinión ya que esto me ayudará a compartir con más lectores lo que percibiste al leer mi obra. Si estás de acuerdo conmigo, te agradeceré que publiques una opinión honesta haciendo clic en la tienda donde adquiriste mi novela. Yo me comprometo a leerla:

Amazon.com - Haz clic [AQUÍ](#)

Amazon.es - Haz clic [AQUÍ](#)

Amazon.com.mx - Haz clic [AQUÍ](#)

Si deseas leer otras de mis obras de manera gratuita, puedes suscribirte a mi lista de correo y recibirás una copia digital de mi novela *La maldición de los Montreal*. Así mismo te mantendré al tanto de mis novedades y futuras publicaciones. Suscríbete haciendo clic [AQUÍ](#).

Si has disfrutado leyendo *Discordia*, te invito a leer las otras novelas de la serie David Hensley:

Desdicha: El experimentado detective Hensley nº 1 ~ Disponible [AQUÍ](#)

Avaricia: El experimentado detective Hensley nº 2 ~ Disponible [AQUÍ](#)

Pérdida: El experimentado detective Hensley nº 3 ~ Disponible [AQUÍ](#)

Puedes encontrar todos mis otros libros en estos enlaces:

Amazon.com www.amazon.com/shop/raulgarbantes

Amazon.es www.amazon.es/shop/raulgarbantes

Finalmente, si deseas contactarte conmigo puedes escribirme directamente a raul@raulgarbantes.com. También me puedes encontrar en:

[Instagram](#)

[Facebook](#)

[Amazon](#)
[Goodreads](#)

Mis mejores deseos,
Raúl Garbantes

Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Notas del autor](#)